

Carroña

Cuadros de Costumbres



GRATUS HALFTERMEYER
AUTOR DE ESTE LIBRO

GRATUS HALFTERMEYER

★ 20 junio 1887 - † 1 marzo 1976

Carroña

Cuadros de Costumbres



GRATUS HALFTERMEYER
AUTOR DE ESTE LIBRO

GRATUS HALFTERMEYER

***20 junio 1887 -†1 marzo 1976**

CRÉDITOS

EDICIÓN DIGITAL CONMEMORATIVA GRATUS HALFTERMEYER (20 junio 1887- 1 marzo 1976)

Una producción de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, en conmemoración y agradecimiento del intelectual y precursor de la historiografía de la Ciudad de Managua, Don Gratus Halftermeyer (20 de junio 1887- 1 marzo de 1976), en el AÑO DEL BICENTENARIO DE LA LEAL VILLA DE MANAGUA.

Autor: Don Gratus Halftermeyer.

Levantado de Textos: Sras. Elsa María Cuadra Silva, y Ana María Zambrana. Equipo secretarial de la Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico, ALMA.

Diagramación y diseño: Cro. Octavio Morales Serrano.

Cuido de la edición: Lic. Clemente Guido Martínez. Historiador.

El libro CARROÑA data de 1944, y es parte del patrimonio bibliográfico de la Alcaldía de Managua, Biblioteca del Escritor Gratus Halftermeyer (antigua Biblioteca Centroamericana). Barrio Larreynaga, del puente El Edén una cuadra abajo y una media cuadra al lago.

Biblioteca Digital ALMA 2019, No. 27, AÑO DEL BICENTENARIO DE LA LEAL VILLA DE MANAGUA. Segunda edición digital con introducción del artículo de Halftermeyer sobre MANAGUA EN SU PRIMER CENTENARIO DE CIUDAD.

La primera edición fue en 2018, agosto 10. Por un error editorial se consignó en esa primera edición que la fecha de muerte de Don Gratus fue el 10 de agosto de 1976. Fue un error del cual damos fe en esta segunda edición, pues la fecha certificada por La Prensa S.A. fue 1ero de marzo de 1976. Nuestras disculpas a nuestros lectores que recibieron el libro digital el año pasado.

PRESENTACIÓN

La Alcaldía del Poder Ciudadano, a través de su Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico, ofrece al público lector de Nicaragua y demás países a quienes llegamos con nuestra BIBLIOTECA DIGITAL, esta obra de DON GRATUS HALFTERMEYER, como un merecido homenaje al hombre de letras e historias, tanto reales como ficticias, que en muchos casos se basan en las realidades vividas por el autor, o por la sociedad que le correspondió vivir.

En este libro Don Gratus nos narra historias de gente pobre, entrecruzadas con gente de recursos económicos; gente sometida por la triste realidad del analfabetismo y gente con estudios académicos por la suerte del destino como dice él, que aún separa las más ardientes pasiones entre hombres y mujeres de diferentes niveles sociales y culturales.

Encontramos narraciones que nos traen a la memoria costumbres de otros tiempos en la Managua de los años 40 y antes de estos. Por eso este libro es un patrimonio bibliográfico, literario y cultural del Municipio de Managua, y en ese sentido, la Alcaldía de Managua lo ha transcrito y digitalizado para ser compartido gratuitamente por los medios digitales a nuestra población lectora.

Advertimos que hemos respetado la ortografía original de la obra, excepto en aquellas palabras que evidentemente han sido mal transcritas en el texto original y fueron publicadas como errores de transcripción.

La presente transcripción se basa en el libro impreso en el año 1944, por Editorial Hospicio, de León, Nicaragua, y es parte del patrimonio bibliográfico de la Biblioteca del Escritor “Gratus Halftermeyer”, ubicada en el barrio Larreynaga de Managua.

Agradecemos el trabajo de transcripción de las compañeras Elsa María Cuadra Silva, y Ana María Zambrana Vélez, quienes hicieron un excelente levantado de texto. Y al Cro. Octavio Morales, quien realizó el trabajo de diseño y diagramación de la presente edición digital.

En el futuro, nos proponemos imprimirlo para que también sea parte de los acervos bibliográficos de nuestras bibliotecas no solamente de Managua, sino de todo el país.

Sea pues este homenaje a Don Gratus, un agradecimiento de la comuna que representa a sus ciudadanos, y que humildemente ofrecemos a este gran hombre que legó mucho de la historia de nuestra ciudad cuando todavía era un pequeño poblado de caseríos y comarcas, queriendo salir adelante después del terremoto de 1931 que había destruido aquella emergente ciudad.

Dedicamos esta obra de Don Gratus, a sus legítimos herederos, muy especialmente a Doña Doris Halftermeyer.

DIRECCIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

ALCALDÍA DE MANAGUA

20 DE JUNIO DEL 2019

EN EL 132 ANIVERSARIO DEL NATALICIO
DE GRATUS HALFTERMEYER

OBRAS DE GRATUS HALFTERMEYER

Del Solar Nativo (cuentos)

BIOGRAFÍAS

De Dn. Félix P. Largaespada y

Maestro Desiderio Fajardo Ortiz

El Canto del Güis (zarzuela)

El Andamio (drama)

Hijos del Pecado (drama)

La Bestia Apocalíptica (drama)

La Independencia de Centro América (dramatización)

EDITADAS EN LA

“EDITORIAL HOSPICIO

SAN JUAN DE DIOS”

LEÓN DE NICARAGUA.

José de la Cruz Mena (Biografía)

Vida ejemplar del Padre Dubón

(Biografía)

Del Sabor de la Tierruca (cuentos)

Recuerdos y tradiciones Nicaragüenses (Tradiciones)

Cáncer Social (drama)

Managua a Través de la Historia.(narración)

Cuadros de Costumbres (narración)

CARROÑA

Cuadros de Costumbres



GRATUS HALFTERMEYER

CARROÑA
CUADROS DE COSTUMBRES

EDITORIAL « HOSPICIO » - LEÓN, NIC.

“ 1944 ”

A mi madre,

Dña. Julia Gómez de Halftermeyer,

UNICO SER POR QUIEN VALE LA
PENA DE LUCHAR EN ESTA VIDA.

Gratus Halftermeyer

Dos Palabras

He leído con tanto placer como interés la última obra de **Gratus Halftermeyer**.

Bien hizo el **Maestro Barrios** al elogiarlo y estimularlo hace tantos años. Repito y hago mía la frase:

“Los cuentos de Gratus son para mis joyas de valor en nuestra humilde literatura”.

Escribe prosa y versos regionales muy nicaragüenses y su folclorismo de buena ley, evita los escollos, pues se aparta de lo vulgar y lo grosero.

Hay páginas descriptivas de colorido admirable, que recuerdan las de Eustacio Rivera en “**La Vorágine**” y las de Rómulo Gallegos en “**Doña Bárbara**” y “**La Trepadora**”.

Emigdio Lola

Primera Parte

I

Las nueve acababan de dar en el reloj de “La Culequera”. En el cuerpo de guardia del cuartel un clarín lanzaba al aire el toque de queda. Era una nota larga, sostenida, que imponía silencio.

Tan temprana la hora y sin embargo la ciudad dormía. Los faroles de gas del alumbrado público disipaban un poco las tinieblas. Poco tiempo hacía, por decreto gubernativo de don Vicente Cuadra, en 1872, que el Municipio había implantado esa mejora local en las calles de Managua.

Un cuerpo militarizado a quienes llamaban candileros, se ocupaba del servicio del alumbrado.

A las ocho de la noche toda persona estaba en su casa, a menos que un caso urgente lo obligara a salir a la calle. Después de las nueve todo hijo vecino que era encontrado por la escolta, iba a “La Culequera” o era amonestado en caso de ser persona honrada.

Era patriarcal la vida nicaragüense. No había teatros ni diversiones públicas, ni clubs, ni cantinas; uno que otro estanco de aguardiente que estaba abierto hasta las siete de la noche.

Había alguna tertulia en la casa de los ricos, o en la casa del corredor donde vivía y despachaba el Señor Presidente de la República.

En la plaza principal enmarcada por la hilera de mangos que aún hoy existe, había un pequeño Kiosco de madera pintado en colorado, donde daba conciertos cada domingo la banda de los Supremos Poderes, que dirigía el Maestro Blas Villalta.

Quien hubiese andado después de ese toque de queda por las riberas del Xolotlán, habría notado que una goleta del lado de Tipitapa estaba atracando al muelle.

De la embarcación saltó un hombre de regular estatura con un maletín en la mano derecha y otro bulto arrollado en el brazo izquierdo, que a primera vista daba entender que era una pequeña criatura humana.

El hombre caminando de prisa, pasó por la plaza principal, amparándose bajo la sombra de los árboles de mango, y se internó en la ciudad hacia el lado de San Antonio, tomando la calle de El Porvenir, hoy Calle Bolívar.

Una vez bajo el arco de piedra frente a este templo, se paró para cambiar de sitio, de un brazo a otro, a su pequeño acompañante. Por un momento estuvo indeciso. A una cuadra de distancia acababa de pasar la ronda, compuesta de cuatro soldados y un sargento que hacía de jefe. Era la policía de aquel tiempo, y a quien la voz popular nombraba con el cognomento de chingos. Soldados analfabetos, reclutados de entre la clase baja y que no sabían ni manejar el rifle; ni mucho menos tenían noción del cargo que desempeñaban.

El origen de este remoquete viene de que el Jefe del resguardo siempre iba a caballo y los soldados a pie, tras de la cola del animal. De ahí, la susodicha palabreja.

Pasado el peligro, el desconocido dobló hacia el Sur sobre la calle del cementerio San Pedro. Una cuadra antes de llegar al hospital se paró frente a una casa de pobre apariencia y golpeó la puerta.

Con aquella voz imperativa del que siempre quiere que le obedezcan, dijo: Juana abrí pronto.

Como si le esperaran, la puerta crujió al faltarle la presión de la tranca y voz femenina contestó, abriendo la puerta:

Ya va Antonio! ¡Cuánto tardaste..! Casi tres meses. ¡Recibías mis cartas? ¡Ah! traes a la niña. Vaya...!al fin!

La cosa no era tan fácil como se creía dijo el llamado Antonio, hasta que llegó el momento en que el patrón se fue afuera del pueblo y la china se descuidó...entonces con mi audacia que ya conocés, me apoderé de la niña y aquí me tenés. Bueno; pero no es hora de charlar. Vengo molido. Ese viaje desde Santa Lucía hasta aquí no es para estar fresco. Mañana te diré lo que hay que hacer. Por de pronto cambiaremos de casa para que en este vecindario no se den cuenta de que somos padres, de la noche a la Mañana, de una niña de ocho meses de edad.

-¡Y qué linda que es...! ¿Cómo se llama? preguntó Juana. ¡Qué hermoso lunar tiene en la nuca!

-No sé. Le pondremos María. Iré al Registro Civil a inscribirla como hija legítima de nosotros, es decir,

de Antonio Almendares y de Juana Calero. Y ahora, a acostarnos. Dale algo primero a esta criatura. Dichosamente fue poco el quehacer que me dio en el camino.

Cerróse la puerta del tugurio donde moraban aquellos dos bribones.

¿Quién era esa niña? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Por qué ese tal Antonio Almendares, al parecer un truhán, había ido a robársela a un pueblo lejano? Empezaba la vida de esa niña envuelta en las gasas del misterio.

II

En un miserable cuarto de un barrio apartado de la ciudad, vivía Paula Cruz, en unión de su hijo Roberto, de unos ocho años de edad. En su rostro marchito por una prematura vejez, aunque no tenía más de treinta años, notábase una pasada belleza. De fracciones nada vulgares, antes bien, con un matiz de distinción; un psicólogo hubiera advertido que esa pobre mujer era una equivocada en el camino de su vida y que un destino fatal se cernía sobre su cabeza.

Pasaba todo el día cosiendo sobre una máquina, para el sustento diario y el mantenimiento de su hijo, en la escuela. Menos mal que tenía buena clientela y que siempre había un remanente a fin de semana para comprar alguna prenda de vestir para ella o para Roberto; pero tosía, y a veces tosía mucho. Bajo los dedos gráciles de sus manos bien cuidadas, corría la tela de lino bordeada de encajes, al movimiento de la máquina que era impulsada por sus pies diminutos, engarzados en dos zapatillas lucientes. A pesar de aquel ambiente de pobreza, Paula manteníase con alguna elegancia en sus modales y en su traje, como señal inequívoca de un pasado de felicidad.

Roberto era buen hijo, sumiso, aplicado en el estudio, correcto y amantísimo con su madre. De precoz inteligencia, casi tenía ya aprobada la primaria, con todo y que apenas era de ocho años. Era la esperanza de su madre y el baluarte de su vejez.

-Mamita-la dijo un día-, vos estás enferma. Cosés hasta de noche y eso te hace daño. Tosés mucho.

-Si no tengo nada, hijo. No te preocupés: estudiá.... yo trabajaré mientras tanto.

-Si mamita...yo quiero ser doctor y entonces ya no vas a trabajar.

Un día Roberto llegó alegre a la casa llevando un vaso de aceite de bacalao.

-Tomá esto, mamita, para que no tosás más.

-¿Dónde cojiste eso?-le interrogó ella.

-Lo compré para vos, mamita; a mi maestro le he ganado medios y reales haciéndole mandados.

-! Ah! Bien, hijo mío; Dios te lo pague!.

Y quedaba satisfecha en la creencia de que Roberto le decía verdad; pero él mentía, aunque el muchacho obraba honradamente, comprando la medicina con dinero que ganaba; no haciendo mandados al maestro, sino lustrando zapatos a escondidas de su madre; pues sabía bien que ella no le dejaría ejercer esa profesión.

Todo trabajo por humilde que sea, enaltece al hombre; y ¡qué bien sabe el pan que se come con el sudor de su frente!....

Pero casi todos nos creemos rebajados al accionar en un oficio de íntima categoría. Es un vano orgullito que vive en nuestro yo interior y que es innato en la humanidad especie.

El Conde León Tolstoy se sintió satisfecho cuando una vez, en San Pettersburgo, le ganó un kopec a una alta dama por llevarle su equipaje a la estación. La dama tuvo gran tribulación al saber que se había equivocado tomando al gran escritor ruso por un pobre viejo maletero.

No se preocupe, señora, díjola Tolstoy-. Debo agradecerlos que me acabáis de dar una gran satisfacción al proporcionarme el modo de ganarme un kopec con mi trabajo honrado, aunque humilde.

El gran socialista decía después que ese dinero era el mejor salario que había ganado en su vida.

Edison en su adolescencia vendía periódicos, en los ferrocarriles.

En nuestro terruño, en León, José Madriz, niño, vendía flores que su madre lo mandaba a vender porque era muy pobre. Y todos sabemos quién fue después José Madriz....

Roberto se sentía apenado por la mentira; pero se creía compensado en cuanto a que había cumplido con el deber filial. Los muchachos de la época de esta historia, eran moderados y correctos en todos los actos de la vida.

En la época actual, es duro confesarlo, la chiquillería que se levanta en los barrios bajos, es insubordinada, procaz; de un vocabulario sucio, chirigotero; audaces para toda mala acción. Es inteligente, pero emplea su intelecto en la picardía. La policía escolar no existe como existió en los tiempos del General Zelaya.

Es innegable que las películas de argumentos fuertes e inmorales han influido en el temple ciudadano de la persona.

Casos concretos han ocurrido en los últimos tiempos, inspirados en el cine. Pero volvamos a Roberto.

En la escuela le habían preguntado por su padre. No supo qué contestar. Por fin dijo que su padre se había muerto.

A la verdad, él nunca se había percatado de ello. A todos les oía decir mi papá: el no tenía.

Le preguntó a su madre. Ella suspiró y le contestó con un reproche:

-¿Y qué te importa tu papá? ¿Acaso no te basta solo mi cariño?

-Es verdad,-dijo él-con solo tu cariño estoy contento.

Cuando Roberto estaba en la escuela, Paula tenía, en su soledad, momentos tristes. A su mente se aferraban como una garra, los recuerdos dolorosos. Su primera juventud, feliz al lado de sus padres. La vida de colegiala, con muchas amigas. Las alegres vacaciones en la sierra. Luego, en la edad florida de las ilusiones, el dardo que llega al corazón por la mano de Cupido. El apuesto galán, buen mozo, adinerado y obsequioso. Enseguida en noviazgo en toda forma, consentido y autorizado por los padres. Buen partido: juventud, riquezas, la promesa matrimonial, el camino alfombrado de rosas; en fin, la vida, la gloria...

Y después..... La eterna cuestión: el engaño, la burla, la traición de la amiga más querida que se casa con el novio de ella. Y viene la muerte moral de la incauta. Es arrojada a la calle por sus padres cuando descubren que va a ser madre. Nace el niño en el hospital, y así, entre miserias y dificultades cría a Roberto y lo educa.

Y todos esos recuerdos son agujijones para su alma.

En ese estado la encontramos en una barriada de la ciudad.

Han pasado ocho años de su caída y la herida esta siempre fija en su corazón, como un anatema.

La pena moral le ha causado otra material. Sabe que su fin se acerca y lo siente por su pobre Roberto. De algún tiempo a esta parte tose mucho. Siente fatiga con el menor esfuerzo. Trabaja menos.

Una vecina le insinuó un día la idea de que fuera a curarse al hospital.

Roberto supo de eso y protestó; y con una resolución de hombre formal, dijo:

-Ya no voy más a la escuela y voy a trabajar para que descansés: lustraré zapatos.

La madre quiso oponerse; pero Roberto imponía su voluntad, y fue a la calle con su pequeño cajón.

Al siguiente día ganó algo. Llevó dinero y provisiones a su madre. Ella casi no trabajaba. Las costuras llegaban poco.

La humildad está propensa a causar daño antes que una buena acción. Las malas lenguas regaron la noticia de que Paula estaba tísica. Los clientes se retiraron; pero Roberto mantenía la situación con su humilde trabajo.

Era un ejemplo de abnegación y sacrificio. El amor filial quintaesenciado en la personalidad de un buen muchacho.

Así, en ese estado de cosas, los dejamos por ahora. Ella, entregada a la voluntad de Dios, con una sentencia de muerte que no la amilana, sino el dejar en la **orfandad** a su pobre hijo.

Cuantas veces había estado tentada a decirle..-Fulano de tal es tu padre. Es inmensamente rico, búscalo.....pero no, quizá que guardara el secreto hasta que le llegara su última hora.

III

Primitivamente Managua era un poblado de casas pajizas que se extendía a lo largo de la ribera del Xolotlán.

Para resguardar al vecindario de las aguas corrientes que en invierno bajaban de la sierra, hicieron un cauce o zanjón paralelo a la Costa, precisamente donde es hoy la Calle Norte. Fue aumentándose el poblado hacia el Sur y el cauce se convirtió en calle, siendo ésta la más. Tomo el nombre de calle Honda.

El 4 de octubre de 1876, siendo ya Managua ciudad de diez a doce mil habitantes y capital de la República, se desataron torrenciales aguaceros inundándose la población por la gran corriente que bajó de la sierra, buscando su cauce, como era natural, por la calle Honda, que fue donde hizo mayor estrago. Subió el terraplén y desde entonces se llamó Calle del Aluvión.

En esa calle tenía su residencia el acaudalado señor don Pedro López, cuya salud, en el momento que vamos a conocerle, estaba seriamente amenazada. Su juventud había sido borrascosa con la circunstancia de ser un fuerte capitalista. No se mermó la fortuna, pero su salud se quebrantó hasta reducirlo a un cadáver viviente.

En el salón principal de la casa está don Pedro sentado en amplia butaca. Por la enfermedad representa a un hombre de sesenta años, aunque no tiene más que cuarenta. A su

lado está su esposa doña Marta, guapa mujer que goza de plena salud y hermosura. Le acaba de dar al enfermo una cucharada de medicina.

-Dice el Dr. Ramírez-habló Marta,- que pronto estarás mejor. Iremos a El Corozal. Los aires del campo te sentarán bien. Aquel oxígeno puro de la sierra te dará nueva vida. Ya verás...

-No te hagas ilusiones, Marta,-contestó trabajosamente don Pedro-Yo he terminado mi papel. Estos mareos...Los desvanecimientos del cerebro que a cada momento me llegan, son precursores de mi próximo fin.

-Vamos hombre, no te acobardés. Esto pasará pronto. La vida campestre te aliviará.

-No Marta, esto se acaba. Te agradezco tus buenos cuidados....Ya tengo arreglado todo con mi notario, porque presiento la hora final.

-Por Dios Pedro, no me martirices....

-No me interrumpas y escúchame,-dijo el enfermo-. Júrame que María, nuestra hija adoptiva, nunca sabrá que de la edad de ocho meses la recibimos en carácter de donación, de manos de nuestro fiel Antonio. Que crea siempre que nosotros somos sus legítimos padres. Dios nunca nos mandó un hijo en nuestro matrimonio; pero nos deparó esa linda huerfanita, que ha sido el Angel de este hogar.

-Si, Pedro, te juro que nuestra María nunca sabrá que es huérfana.

-Tú, Marta, eres mi heredera universal. Cuando María llegue a la mayoría de edad, le entregarás como dote para su matrimonio, la tercera parte de nuestro capital, siempre que a tu juicio encuentre un buen hombre que sea digno de ella...

-Calla Pedro, esas tus recomendaciones me martirizan...

-No me interrumpas, mujer. Bien sabes que al adoptar a María fue porque deseaba que tuviéramos descendencia; y por lavar un poco la falta que cometí en mi pasada vida de soltero, de tenorio y de calavera, dejando burlada aquella buena muchacha que tu conociste en el Colegio....

-Si; Paula Cruz, que llena de vergüenza salió de casa de sus padres a dar a luz un hijo, el tuyo.

-Así es Marta. Luego vino el matrimonio contigo. Tu amor verdadero, tu entrañable afecto, me convirtieron de tenorio empedernido en un fiel esposo.

-De eso estoy satisfecha; y para ser solidaria contigo, juntos y por separado hemos buscado por todas partes a la desdichada Paula y a su hijo, para protegerlos. Nuestro Mayordomo Antonio también ha inquirido en vano. Quizá haya muerto Paula.

-Pueda ser,-dijo el enfermo-, pero su hijo, es decir mi hijo, debe andar por el mundo, quizá en el fango, con un pie en el camino de la perdición. Ya es un muchacho de doce años....y nunca lo conocí...!Oh Marta! Búscalos; protégelos, es mi hijo. Un moribundo te lo suplica....Han pasado doce años de esa mi aventura, y el remordimiento

se aferra a mi corazón con su garra justiciera. Si algún día encuentras a ese pobre muchacho, júrame que tu serás para él una segunda madre....

El enfermo, abatido, quedó como desmayado en su sillón.

-No te sofoques, Pedro; descuida, que Antonio y yo seguiremos las pesquisas. Viene la niña.

De las habitaciones interiores apareció una hermosa niña como de dos años de edad, lujosamente ataviada. Era un querubín de rostro encantador, enmarcado con blonda cabellera rubia. En su mano derecha portaba una rosa napoleón, fresca y rozagante como su personita. Acercándose al enfermo, le dijo con cierto balbuceo:

-Papacito....mira que rosa la que me cortó Antonio en el jardín.... ¿por qué estás triste...?

-Si no estoy triste mi hijita.... ¡uhu, qué bien huele! Dale la rosa a mamá y sigue jugando con Nerón en el jardín.

El aludido, un hermoso ejemplar de la raza canina, movió la cola como aprobando el deseo del amo. Se acercó a la niña en señal de protección.

¡Antonio!-llamó Marta.

Apareció éste inmediatamente.

-Lleva a la niña al jardín, bajo el cuido de Juana y vete enseguidita donde el doctor Ramírez, que venga.

-Si dijo el enfermo,-que venga pronto...Estos mareos, Marta, acabarán conmigo...oleadas de fuego se agolpan a mis sienes...esto se acaba, Marta....

Antonio se fue llevándose a la niña que alegre correteaba con el perro.

Marta atribulada, tomó el vaso de la medicina y dándole una cucharada al enfermo, dijo:

-Toma, Pedro, esto te calmará un poco.

En ese instante apareció en la puerta de la calle un muchacho mal trajeado. Llevaba un cajón de lustrar.

Con timidez, pero impelido por una fuerza superior, preguntó:

-¿Va a lustrar, señor?

No, muchacho, no molestes,- dijo Marta.

El mozalbete, casi lloroso dijo:

-Señora, son ya las doce del día y aún no he ganado un centavo para llevarle a mi madre....la pobre tose mucho.... ya no puede trabajar....ayer nos despidieron del cuarto en que vivimos....con lo poco que yo gano pasamos el día.... hoy....

El enfermo sintió una llama de conmiseración en su espíritu. Don Pedro, aunque perteneciente a la aristocracia, se condolía de la desgracia ajena. No era orgulloso con el pobre que llegaba a su puerta.

Sin poder mirar al muchacho porque estaba con la espalda hacia la puerta, díjole a su esposa:

-¡Marta...! dale diez centavos a ese muchacho...y que se vaya...puede que sea verdad lo que dice...

Ella le alargó una moneda al rapaz que al recibirla arguyó:

-¡Gracias...acepto la moneda; pero señora, yo no pido limosna, yo quiero ganarme este real... déjeme lustrarle los zapatos al señor...se lo agradeceré más.

Don Pedro era condescendiente y accedió al deseo del muchacho.

-Vaya, hombre, dijo-eres orgulloso. Lustra pues.

Aquél, poniéndose de rodillas, se dedicó al trabajo.

-Si te parece, Pedro, -continuó Marta-, ahora que venga el Dr. Ramírez, le consultaremos tu viaje a El Corozal. Yo creo que mejorarás en la hacienda. Nos llevaremos al doctor y haremos que la carreta te lleve lo más despacio posible.

-No Marta-dijo el enfermo-, es inútil que te empeñes en buscarme vida que ya no la tengo;.....además, el viaje en la carreta me provocaría al mareo.....este es el fin, Marta.....

-¿Y si el Dr. Ramírez ordena el viaje?

-No le obedecería. ¿Qué más de morir en El Corozal que en mi aposento?

Entretanto el muchacho seguía lustrando, indiferente a la conversación.

Sólo siento,-continuó el enfermo-, morir con el torcedor del remordimiento, y no haber podido reparar la falta.

-Ya vuelves a esos recuerdos que tanto daño te hacendijo la esposa.

-Es que sufro mucho, Marta.

El muchacho terminó; se puso de pie, cruzándose a la espalda la correa que sostenía su cajón de lustrar, y mirando por primera vez al enfermo, dijo:

-Está usted servido, señor. Me voy.

Dió media vuelta y salió rápidamente a la calle, silbando el zanatillo.

Don Pedro también miró la cara del muchacho, por casualidad y ligeramente; pero eso fue suficiente para que sintiera una extraña conmoción en sus nervios. Quiso ponerse en pie; pero no pudo. Marta vió el impulso del enfermo y acudió a él.

-¿Qué te pasa, Pedro?

-¡Marta! -dijo él-, desesperadamente. Llama a ese muchacho,...¡pronto!

Marta ocurrió prestamente a la puerta.

-Ya no se ve, -dijo ella-; ¿pero, por qué tan de pronto te ha interesado ese muchacho?

-Marta, ¡qué sigan a ese muchacho!.....al mirar su rostro no sé qué he sentido en mi corazón.....ese muchacho no ha nacido para lustrador.....ni es de baja cuna,....si es la misma cara de ella.....su faz melancólica y fina me ha llegado al alma. ¡Es él!.....no me cabe duda....¡Juana..! ¡Antonio!.

Juana, la ama de llaves, apareció prontamente.

-¿Qué manda el señor?

-Sigue a ese muchacho que acaba de salir y tráelo.
¡Corre! ¡Vuela!

-¿Qué ¿ha robado lago? ¿Aviso a los chingos? preguntó la sirvienta

-¡No, mujer! –gritó escasamente el enfermo,-cúidate de hacerle daño.

-Obedece pronto,-ayudó Marta, ese muchacho es un gran ejemplo de amor filial.. ¡corre! Debe ir cerca todavía.

-Voy, -dijo Juana.

Y salió a escape tras el lustrador.

-La visita de ese niño me ha impresionado-dijo don Pedro-. Su dignidad, me revela mucho...no quiso aceptar la dádiva, sino ganándola. Luego...ese rostro....igual al de ella...

-¿Crees acaso, que.....?

-Cualquier cosa que sea, ese muchacho necesita mi protección....Yo no me engaño....me lo dice el corazón... ¡es él...! ¡mi hijo!....vamos Marta, dame el brazo...llévame a mi lecho....Ya tarda Antonio con el Dr. Ramírez.

Ella lo levantó casi en vilo, y a pasos cortos pasaron a la habitación inmediata.

IV

Estamos en la misma casa del acaudalado don Pedro López, cuyo fin se espera de un momento a otro.

El médico de cabecera, Dr. Ramírez, está en la alcoba del enfermo.

En una de las piezas anteriores conversan secretamente Antonio, el hombre de confianza del señor López, y Juana, su mujer, que ejerce el cargo de ama de llaves. Ambos hipócritas y taimados, ejercían la hegemonía en la servidumbre de la casa. Merecían la confianza de los patrones y gozaban de ascendente sobre ellos.

-¿Dónde andabas? –Preguntó Antonio.

-Buscando a un muchacho lustrador de zapatos que estuvo hace poco en la casa. Chocheces del patrón. Dichosamente no encontré al tal muchacho.

-¡Ah! Sigue el viejo con la manía de buscar y hacer que busquen a un muchacho que ni siquiera se conoce su nombre; pero eso no nos interesa. Oye Juana, recuerdas que a los ocho meses de edad inscribí a María en el Registro Civil como hija legítima de nosotros, y que luego la trajimos a esta casa inventando la historia de que era huérfana de una amiga tuya que falleció?

-Sí hombre, ¿por qué no lo voy a recordar?

-Pues bien, yo no sabía que era necesario tener la certificación de esa partida. Por consejo de mi abogado el Dr. Carrasco saqué ya ese papel. Tómallo y guárdalo en el fondo del baúl.

-Y este papel ¿para qué nos servirá?

-Mujer, no seas boba. Este es un documento con el cual probaremos a su tiempo que somos los padres legítimos de María Almendares, esta niña que pasa por ser hija de don Pedro y doña Marta.

-¡Ah! ya, ya....

-Sé muy bien, porque soy el hombre de confianza de don Pedro, que la niña está heredada en la tercera parte del capital, que recibirá cuando se case o llegue a la mayoría de edad. Ya ves, mis planes están saliendo a como yo quería. Tendremos una vejez tranquila. Te aconsejo sí, mucha prudencia.

-Descuida, hombre.

-Ten presente que tenemos ya un enemigo en casa. Ese doctor Ramírez....dichosamente no nos ha reconocido. Han pasado dos años y estamos cambiados; yo con mi barba crecida y tú más metida en carnes y con el pelo rubio. Indudablemente el patrón se muere y se muere ya, quizá esta noche...y muerto él, yo tengo más libertad de acción...! Ah! se me olvidaba decirte: Cuando te manden a buscar a ese muchacho desconocido, que es la eterna pesadilla del patrón, hacé solamente el papel como hago yo. No sé por qué creo que ese muchacho, que el diablo se lleve, vendría a ser para nosotros el peor enemigo. Yo más bien

he despistado a los patrones y a las escoltas, haciéndoles creer que ese muchacho murió de alfombrilla en las sierras.

Antonio y su mujer eran la carroña social, el germen de la maldad que corrompe cuanto toca o se le pone en contacto. El era inteligente y audaz para poner en práctica un malévolo pensamiento; no escatimaba los medios para llegar a un fin preconcebido. Tener dinero y ser rico a toda costa, ese era su deseo. Como su mujer, era zalamero, diligente y servicial; de ahí que se hiciera el necesario en la casa que servía. Don Pedro y doña Marta confiaban en él. Con fe ciega habían creído en la historia de la pequeñuela María, sin imaginarse que en un pueblo de Chontales había quedado un lugar desolado por la desaparición de la niña.

Tanto Juana como Antonio se habían hecho simpáticos ante ese matrimonio, por el carácter dulzón que les animaba. Además demostraban sumo interés en todos los asuntos de la casa, por triviales que fuesen. En lenguaje popular y en estilo pintoresco, a esta clase de sujetos, el pueblo les llama lambeplatos o sácalas. Si en su exterior demostraban bondad y dulzura, en el fondo eran un par de malvados. Lobos con piel de oveja, les llama la voz pública; sepulcros blanqueados, les nombra Jesucristo. Y tanto la voz del pueblo como la del Nazareno, se identifican.

V

En su alcoba, don Pedro se moría. El Dr. Sixto Ramírez, su compañero de la infancia, no se separaba de su lado, proporcionándole los cuidados que creía oportunos para rescatarle la vida.

El derrame cerebral acababa con él, después de una vida dispendiosa y turbulenta. Quizá los últimos años de matrimonio fueron los únicos que pasó tranquilo, dedicado al hogar, y al cariño de Marta y de la pequeña María a quien quería como a su propia hija.

Ramírez y él fueron inseparables, hasta cierto tiempo que se separaron; el primero para dedicarse al estudio de la medicina, y el otro para entregarse al cuidado de sus intereses.

Así que Ramírez obtuvo su título, recibió cargos de Médico Forense y por eso permaneció en distintos lugares de la República, sin percatarse de las intimidades de su antiguo compañero; y era hasta ese momento álgido que volvía a verlo.

El carácter de Sixto Ramírez, había sido alegre, de una facundia inagotable para discurrir y conversar. Oportuno, chispeante, ameno; en toda tertulia él llevaba la palabra y era el centro de la discusión. Se le escuchaba con entusiasmo y simpatía en toda fiesta o reunión, y éstas carecían de importancia si en ellas no estaba el inimitable Ramírez. Y es que su palabra fácil, salpicaba a veces por

la ironía y el epigrama, hacía el deleite de sus amigos. Hombre culto, tenía el tacto de saber expresar sus ideas, en la forma ajustada al ambiente que le rodeaba; el chiste fino y la conversación culta y sentimental si le rodeaban señoras y señoritas; o la frase de doble sentido e irónica si le acompañaban personas de su confianza.

Pero de algún tiempo a esta parte se había convertido en taciturno y enigmático. Había tenido en su vida un cuarto de conversión bastante extraño y hasta misterioso. No paraba en un solo lugar ni se establecía en un solo punto. Nunca se había casado; pero había tenido sus romances. Con pretexto de estudiar las plantas hacía largas jornadas a la sierra o a alguna aldea; pero en realidad era otro su asunto. La única persona a quien podía comunicarle sus cuitas, era a su amigo Pedro; pero éste yacía con un pie en el sepulcro.

Así las cosas, en una mañana tibia, don Pedro murió, rodeado de su esposa, del Dr. Ramírez y de sus criados de confianza, Antonio y Juana.

Sus últimas órdenes fueron que buscasen en el último rincón del mundo al hijo de Paula Cruz, al hijo desconocido que nunca pudo tener al alcance de su autoridad paterna.-

En aquella, época Managua era una ciudad pequeña y de fácil conocimiento para cualquier suceso que ocurriera. Don Pedro pudo muy bien haberse comunicado con su desconocido hijo; una mano oculta parece que había hecho desaparecer al muchacho. Los únicos que sabían de la existencia de éste eran: Marta, Antonio y Juana. Marta con sinceridad lo buscaba. Antonio y Juana, que veían en

aquel hijo ignorado un obstáculo para sus planes, ponían la coartada y despistaban a Marta y a las autoridades. Estas eran incapaces en aquel tiempo. No existían oficiales de investigación ni menos que hubiese un inteligente que ejerciere el detectivismo. El cargo de Gobernador de policía lo ejercía cualquier gañán analfabeto que creía cumplir con su deber portando un fuste y tiranizando a los reos y hablándole fuerte al que se le ponía por delante o llegaba a su oficina.

Consternados ante el cadáver de don Pedro estaban Marta y el Dr. Ramírez. —Antonio y Juana aparentaban estarlo y aún lloraban, cuando apareció del lado del jardín, seguida de Nerón, la pequeña María. Alborozada y con la música de su risa angelical en los labios, corrió hacia el lecho y dijo alegremente:

—¡Papacito...! Ya retoño la estaquita de rosa que sembramos....Ve...!si está dormido....!

Y seguida del amigo que alegremente bailaba la cola, se internó en el jardín, manifestando con sus frases disparatadas, la alegría del vivir.

Segunda parte

VI

Han pasado diez y ocho años después de la muerte del acaudalado señor don Pedro López.

Nada ha cambiado en el interior de la casa, aunque en los salones se nota cierta elegancia, como inspirada por un espíritu de juventud y de belleza.

En su cuarto encontramos a Antonio y Juana que conversan de algo trascendental para ellos.

-Para mí, -dice ella-, ha sido un castigo eso de no poderle decir a María: “hija mía” y ver que doña Marta es la que recibe las caricias que a mí me corresponden.

-Esos sentimentalismos baratos tuyos, -le contestó Antonio-; déjate de esas tonteras. Mira que todo nos ha salido a pedir de boca. María ya es mayor de edad y dueña de una herencia de cien mil pesos que puede disponer cuando guste.

Ya es tiempo de descorrer el velo. De seguro que habrá escándalo; pero eso poco me importa. Nosotros somos los padres legítimos y la ley tendrá que ampararnos. Nos iremos con María a vivir a nuestro pueblo y compraremos

una hacienda. Y a pasar una vejez tranquila se ha dicho, al lado de María.

-Allí está mi temor, -arguyó Juana-. María no nos va a querer como padres.

-Ella nos habla con mucho cariño.

-Sí, - volvió a replicar fundadamente Juana,- pero es el cariño que siente el amo por el antiguo sirviente que le sirve bien. Mi corazón me dice que María no nos aceptará, y allí está el fracaso.

-Sigues en tus trece, -dijo él- Mañana resolveré esto con doña Marta. Habrá protestas, lloriqueos y demás; pero dos trabajos tendrá la señora: llorar y conformarse. Y esto debe resolverse pronto, antes que continúe el noviazgo con ese mequetrefe. Seremos ricos una vez que haga valer mi autoridad paterna; a vos te dirán: Doña Juanita y a mí me rendirán el sombrero y me respetarán: Acordate de aquel que te dijo:

Un real se robó Colás

Y le llamarón ladrón;

Hoy que robó un millón,

Le dicen: Don Nicolás

-¿Has puesto atención disimuladamente a lo que platican con ellas?

-Sí; y he sacado en claro que el joven ese está para recibirse de abogado y que después se casará con María. Doña Marta aprueba entusiasmada ese matrimonio.

-Allí está busilis –dijo Antonio-, que yo consienta. Soy el padre legítimo y deben de tratar primero conmigo. Para eso desataré primero ese nudo. Además, no permitiré que María se case con un pobrete, picapleitos, únicamente porque tiene carita de Santo retocado.

-Dicen que es muy inteligente y honrado a carta cabal.....-agregó Juana-.

-¡Hum! Con eso no se como replicó él. Yo no autorizaré ese matrimonio. Ese es un pobre diablo que querrá vivir a costas del dinero de nuestra hija. En eso iba a parar lo que yo trabajé y expuse mi vida para traer a la niña a esta casa. ¡No, mil veces no! Prefiero que se case con un aldeano adinerado de nuestro pueblo.....

-¡Cállate! Allí viene ella. –dijo Juana prontamente.

Antonio se escapó hacia el jardín y Juana se quedó esperando.

Una encantadora señorita como de veinte años, a lo sumo, apareció ante Juana. Diríase un ángel escapado del Paraíso o una vestal caída del Olimpo. Para ella sería este cantar:

Niña del mirar de fuego,
por Dios, no salgas de día;
que tan luego así lo hicieres,
el sol se oscurecería.....

Vestía un elegante traje de casa, de un corte irreprochable. Con una voz dulcísima que era como un arpegio, dijo:

-Juana, ¿qué tal me sienta este vestido?

-Muy lindo, señorita María; a usted todo traje se sienta bien.

-Gracias, Juana. Te consulto a ti porque te quiero como a una segunda madre. Deseo que me hagas unos ramilletes con las mejores flores del jardín. Mañana es el aniversario de la muerte de papá y queremos ir al cementerio.

Y se alejó canturriando a media voz.

VII

En el salón principal la esperaba un joven como de veinticinco años, todo un buen mozo, arrogante sin petulancia. En su rostro se adivinaba al hombre superior que sabe triunfar en la vida y que ha pasado por muchas vicisitudes. Vestía elegantemente y con marcada sencillez.

-¿Qué tal, encanto mío?- preguntó él-.

-Bien, -dijo ella-. Hace rato te esperaba.....Estoy sola. Mamá se fue muy temprano a casa de la florista para arreglar unas coronas que llevaremos a la tumba de papá que cumple mañana diez y ocho años de fallecido....Queremos que tú nos acompañes.

-Sí, Maruca. Contigo iré hasta el fin del mundo.

-Gracias por tu galantería; pero siéntate, hombre.

-Si es que ante una divinidad debo estar de pie.- continuó el sonriente-. Bien, iremos al cementerio a visitar la tumba de tu papá. ¿Estarías muy niña cuando él murió?

-Estaría de tres años; pero le recuerdo bien. Fué el padre más cariñoso del mundo. Yo era su idolatría. Era su gusto llevarme al jardín para enseñarme a sembrar las estaquitas de rosa. Amaba muchos las flores y a mí me enseñó a quererlas.

-Señal de buenos sentimientos, -dijo él. Y ¿no tuviste otro hermano?

No. Era sola yo.

-Se explica la idolatría de tu papá. Eras la única hija....

-¡Pobre papá! –exclamó ella.

-Bueno, no empañes tu rostro de rosa con fúnebres recuerdos. Hablemos de nosotros. Valga para ti que tuviste un padre cariñoso,yo,....no lo tuve....

-Que no tuviste padre, ¿dices? –preguntó María, con extrañeza.

-No, Maruca; pero no hablemos de cosas tristes. Hablemos de nuestro amor, y de nuestra futura dicha. Dentro de tres meses seré sometido a examen privado y después a examen público para obtener mi título de abogado. Pero mi triunfo será completo cuando vayamos al altar. ¿Qué dices de esto, Maruca?

-Que seré muy feliz a tu lado, -musitó ella.

De la calle entró Doña Marta portando algunos paquetes y ramos de flores.

A pesar de los años, Doña Marta se conversaba en el pleno goce de su elegancia y de su pureza de líneas. Parecía una hermana mayor de María.

¡Uf! Qué calor –dijo- ¡Ah!..... ¿estás aquí, Roberto? Tanto gusto. Te esperábamos.

-Hace un momento vine, -dijo el joven-, y Maruca me ha invitado para que las acompañe mañana a cumplir con su sagrado deber.

-Sí: yo se lo había dicho que te invitara, en la confianza de que ya te considero mi futuro hijo político.

-Gracias, mi buena señora.

-¿Y cómo van tus estudios Roberto? –Continuó Doña Marta.

-Estoy en los últimos repasos. Actualmente me ocupo en escribir la tesis que presentaré al Tribunal de examen. Creo que dentro de tres meses seré abogado.

-De seguro que esa tesis será brillante, dada tu inteligencia, -dijo apasionadamente la muchacha.

-Sin duda alguna –afirmó Doña Marta,-será una pieza jurídica que te dará renombre y prestigio, y que como alumno aprovechado ya lo tienes. El Dr. Ramírez siempre hace muchos elogios de ti.

-Favor que me dispensan, -dijo Roberto-. Mi tesis es la página dolorosa de mi vida de lucha y de sacrificios, escrita con sangre de mi alma. La intitulo “Los hijos sin padres” y la dedico a la memoria de mi madre, y a los lustradores de zapatos que no tienen padre.

-¿has sufrido mucho, Roberto? –preguntó María.

-Como Cristo, he tenido mi calle de la Amargura.

-En seis meses que tienes de frecuentar nuestra casa –dijo Doña Marta-, nunca nos has contado nada de tu vida.

Hasta ahora comprendo por qué eres tan taciturno. Habla, Roberto. En nosotros hallaréis consuelo.

-Gracias, mis buenas amigas. Empezaré diciéndoles que el mundo cuento sólo con la santa amistad, representada por ustedes.

-Mi madre fué una santa mujer. Engañada vilmente por un galán adinerado, perteneciente a una mal llamada sociedad, -la que yo llamaría más bien carroña social-, mi madre, repito, fué arrojada del hogar paterno donde antes resplandeciera por sus virtudes.

Sola, desamparada y con el sambenito de la deshonra, buscó el hospital; y allí, en una sala de maternidad, asistida por manos desconocidas, nació un niño, en una noche de invierno, negra y tormentosa. Ese niño era yo...!

Mi infancia se desarrolló en un miserable cuartucho de una barriada. Como una limosna del cielo, por las claraboyas del techo entraban, en las noches, los rayos de la luna, que nos alumbraba la estancia.

Cuando tuve uso de razón, sufría mucho al ver a mi madre agobiada sobre una máquina de coser, trabajando hasta de noche, a la luz de un candil. A los seis años ya sabía leer, gracias a mi madre. Entonces empecé a ser hombre. El dolor fué mi escuela.

Purificada mi alma en el crisol del sufrimiento, pensé en ayudar a mi madre.

A todos los muchachos de mi edad oíales decir: ¡papá! Interrogué a mi madre, y ella, entre sollozos, me contó la negra historia de su caída, burlada por un hombre falso.

Pedíle el nombre de ese mal padre que me había deparado el destino; pero ella nunca quiso decírmelo.....

-¡Dios mío qué sospecha! –exclamó doña Marta a media voz.

-¡Pobre Roberto! Dijo María.

Continuó aquél su relato:

-Un buen día, sin que mi madre lo supiera, me hice de un cajón de lustrar y ambulé por el mercado con alguna suerte. Al mediodía había ganado ya cinco centavos.

Con el corazón alborozado corrí a mi casa a entregarle a mi madre el primer fruto de mi trabajo. Ella me abrazó llorando.

Era ya todo un hombre de ocho años que podía ayudar a su madre.

En ese trajín pasaron dos años; dos años de miserias y de penalidades.

Mi madre tosía y mi corazón al oírla se desgarraba de pena.

-¡Es él! – Mi corazón me lo dice-, exclamó doña Marta imperceptiblemente.

Una tarde, no quisiera recordarlo, dos empleados del hospital, llegaron por mi madre.... Protesté, grité, lloré, pero mi madre, con una mirada lánguida !la última! que al través de los años aun la tengo fija en mi pupila, me dijo dulcemente:

-“Roberto, hijo mío, déjame partir, tranquilízate, necesito curarme....” Y un golpe de tos anuló la palabra en su garganta.

Al día siguiente fui al hospital. Estaba mi madre dormida en su catre. No quise despertarla. Le dí un beso en la frente y salí llorando....

Por las calles de la ciudad buscaba en vano a mi desconocido padre, a quien ni el nombre le sabía.

Yo estaba en lo cierto que era acaudalado y que habitaba en una casa que era como un palacio.

Cuatro días después como quien recibe a traición una mala puñalada, me avisaron que mi madre había muerto y que su cadáver estaba en el anfiteatro.....

-¡Cuánto sufrirías! pobre Roberto mío, suspiró llorosa María.

-Ya no lo dudo...es él,-dijo doña Marta-. ¡Dios mío!, ten piedad del alma de mi marido...

Roberto, emocionado, continuó:

-Corrí como un loco hacia el hospital. Allí estaba el cadáver de mi pobre madre, envuelto en un petate, con una trágica sonrisa en su rostro marfilino. Las crenchas de sus cabellos partidas en dos, dividíanse sobre sus hombros...; la nariz, recta y fina como una buena intención, había adquirido una línea admirable. Diríase una estatua griega. Tomé sus manos y las coloqué en cruz sobre su pecho. Arreglé los pliegues de su traje, blanco como su alma; y deposité un ósculo sobre su frente impoluta, que bañé con

mis lágrimas.....lloré....lloré mucho.....Dos hombre rudos e indiferentes a mis penas, colocaron el cadáver en las andas; tomaron éstas de sus brazos, y sin decirme nada, partieron hacia el cementerio, aligerando el paso, como para salir pronto de aquel servicio, que ejercían maquinalmente, sin importarles mi llanto. Las campanitas de San Pedro lloraban con un sonido lastimero como sólo ellas podían hacerlo.

Yo con el corazón partido, fuíme detrás, solo, inmensamente solo con mi dolor. ¡el gran dolor que no olvidaré jamás, y que lo tengo aquí, grabado en mi corazón¡.....después.....! no supe más...¡

Desperté en la madrugada....; estaba en el cementerio hecho una lástima sobre el montón de tierra que cubría el cadáver de mi madre....

Salí de aquel lugar sagrado, sin rumbo fijo. Al azar pasé por la Casa del Águila, donde leí: “COLEGIO DE VARONES”.

Inmediatamente tomé mi resolución. Recuerdo que a mi madre le había dicho, en mi puerilidad infantil, que yo quería ser doctor para que ella no trabajara. Ante la vista de aquel letrado que me invitaba a satisfacer mi deseo, me dije: «Sí, madre mía, seré doctor.

Con honda pena mal vendí la máquina de coser de mi madre. Pagué las pequeñas deudas y compré zapatos y ropa que bien necesitaba.

Tenía diez años de edad y un gran dolor.... ¡el dolor de ser solo en el mundo!

Fuíme al Colegio; ya en presencia del Maestro Izaguirre, le conté mi tragedia. El venerable pedagogo cubano comprendió mi deseo de estudiar. Desde ese día quedé aceptado como fámulo del Colegio.

Hacía los oficios más bajos y, con lo poco que ganaba, compraba libros. Pasó algún tiempo y aprobé la primaria. Entonces me pusieron de profesor de la Primera Sección del Primer grado y estudiaba en la Intermediaria. Ganaba poco y con eso me ayudaba para mucho.

Diez años después de mi llegada al Colegio, a los veinte de mi edad, recibí mi título de Bachiller en Ciencias y Letras, con una nota adherida de SOBRESALIENTE. Mis profesores y condiscípulos eran los únicos que gozaron con mi triunfo. ¡Ah madre mía! ¡Cuánto hubieras gozado!

La existencia de mi desconocido padre se había perdido bajo la loza fría del olvido....

Ese día de mi bachillerato fui al cementerio a poner una corona sobre la tumba de mi madre..... ¡Cuán jubiloso estaría su espíritu allá en el cielo.....!

Y ahora que conocéis a grandes rasgos la historia de mi vida, de dolor y de miserias; que soy hijo del pecado; que fui lustrador de zapatos y que llevo con orgullo el apellido de mi madre, símbolo de martirio, le pregunto a doña Marta:

-¿Seré digno de la mano de la señorita María López...?

María, en un arranque de su corazón, exclamó:

-¡Roberto mío!

-Me siento orgullosa,-dijo doña Marta- en llamarte mi hijo. Tu humildad y amor filial te elevan ante mí. Pero, oye Roberto, mi lengua pugna por hacerte esta pregunta: ¿Cómo se llamaba tu infortunada madre?

-Paula Cruz,-dijo Roberto.

-¡Paula Cruz! Ya lo presentía, -exclamó doña Marta.

-Pero.., ¿pero por qué le alarma el nombre de mi madre?-preguntó Roberto

-Bien sabe Dios,- le contestó doña Marta,-que desde que eras un niño, mi marido y yo buscábamos a tu madre y a ti. Recorrimos todos los barrios, indagamos; pero todo fue en vano.

Hoy, tu destino, o mejor dicho, el amor, te pone en tu propia casa sin que tú te lo hayas imaginado siquiera; porque ésta es tu casa, Roberto. Dispone de todo, porque mi difunto marido, Pedro López,... ¡era tu padre!

-Cómo...-exclamó María,-¿Mi padre era el padre también de Roberto?

Roberto estaba emocionado. La voz se le había paralizado. El recuerdo de su pobre madre y el descubrimiento de su padre le tenían trasportado. Por fin habló:

-¡Gran Dios! Si soy hijo de Pedro López, entonces María mi prometida, ¡es mi hermana! ¡Un amor imposible!

Y quedó anonadado en un sofá con la mirada vaga e indecisa, como entrar en un período de locura.

-¡Ya estoy harto de sufrimiento!.... ¡morir es mejor! – se le oyó decir; -adiós mis estudios...adiós mis ilusiones.... ¡madre querida!.... me reuniré a ti... a tu lado hallaré la felicidad eterna....

Roberto hablaba como sonámbulo.

María estaba atónita.

Sólo doña Marta conservaba su serenidad. Ella tenía la clave del misterio y desataría el nudo diciendo la verdad, aunque su marido le había prohibido la dijera, acerca del origen de María.

¿Qué motivo había para no decirla y matar la felicidad de aquellos dos corazones? Resuelta a descorrer el misterio, dijo:

-Roberto, escucha: María no es tu hermana....Puedes casarte con ella...

-Pero entonces, ¿no soy hijo de Pedro López...?

-Sí, que lo eres-díjole doña Marta.

-¿Entonces,... María?

-No es hija de Pedro...ni mía tampoco.

María estaba atribulada.

Pero Mamá, ¿qué enredo es éste? Esto es un nudo gordiano. Que no eres mi madre, ¿dices?

-Más que tu madre he sido y lo seguiré siendo; pero yo no te dí el ser que tienes.... ¡Tú eres huérfana!

Roberto y María estaban confundidos. Él ya tenía hogar propio; ella era una advenediza.

¡Huérfana! Repetían ambos.

-Escuchen, hijos míos, -dijo doña Marta-. Pedro y yo nunca tuvimos hijos en nuestro matrimonio, solamente él en su descarriada vida fue padre tuyo, Roberto. Queriendo Pedro queuviésemos un niño o niña en quien poner el cariño que le debía a su desconocido hijo y por lavar un poco la falta cometida, te adoptamos a ti, María, por recomendación de Antonio y Juana que se encontraban a nuestro servicio. Tu verdadera madre murió cuando tú apenas tenías dos meses. Ocho meses tenías cuando te recibimos, con gran alegría, y te adoptamos como verdadera hija y como tal seguirás siéndolo.

En cuanto a ti, Roberto, debo decirte: somos ahora tres en la familia: te corresponde a ti la tercera parte del capital de tu padre.

-Que yo renuncio-dijo Roberto-, a favor de cualquier Asilo de huérfanos. Diez o veinte años atrás pude necesitarlo. Ahora me quemaría las manos.

-Lo mismo digo yo-exclamó María-. Mi dote podéis darla a los huérfanos.

-¡Qué almas tan nobles! -dijo doña Marta-; me enorgullezco en llamaros mis hijos...Acordaos que vais a formar un nuevo hogar y que ese dinero os pertenece legítimamente. Ahora, Roberto, invoco tu gran corazón. Cristo supo perdonar. Tu padre fue un arrepentido....

-Ya sé lo que vas a decirme, -estuvo pronto a decirle Roberto-, y levantando los ojos al cielo continuó.

-¡Sí, padre mío! ¡Yo te perdono en nombre de mi madre que está en el cielo. El dolor y el perdón son afines.....!

VIII

El Dr. Ramírez estaba recién llegado de uno de los pueblos de la República.

Sus visitas a la casa López las hacía más frecuentes. Se interesaba por la salud de Marta y María y tomaba interés por los asuntos de la casa.

Por Roberto sentía gran predilección y siempre encontraba oportunidad de hablar bien de él.

Notábase en él cierto espíritu de observación y de prudencia. Tanto a doña Marta como a María mirábalas con cariño y en cierto modo obsequioso.

Otro que no hubiera conocido la vieja amistad del Dr. Ramírez, desde en vida de don Pedro, hubiera creído que era un enamorado, sin conocerse si de una o de la otra; quizá de la viuda de su amigo, pues él aprobaba con entusiasmo el matrimonio de Roberto y María.

A veces quedábase abstraído en hondas meditaciones, de las cuales no salía hasta que le dirigían la palabra. Un misterio le rodeaba y debido a su carácter hermético, nadie podía decir qué era lo que le pasaba en su ánimo abatido.

A pesar de eso y de sus cincuenta años, el Dr. Ramírez conservaba sus arrestos de buen mozo, siempre acicalado y galante.

Desde que el Dr. Ramírez era más asiduo en la casa López, el mayordomo y su mujer se habían trasladado al Corosal, con pretexto de estar viendo de cerca los trabajos de la hacienda, lo que Doña Marta encontraba muy natural.

De ahí que ni Antonio ni Juana se habían dado cuenta de que Roberto Cruz era ahora el jefe de la casa y de la familia.

IX

Estamos en un elegante gabinete primorosamente decorado, como para que lo habiten reinas y princesas de un cuento oriental.

Doña Marta acaba de dejar el libro que ha estado leyendo y su linda hija adoptiva borda un pequeño tapete de mesa.

-Toda la mañana he estado nerviosa, mamá, desde que Roberto se fue a examen. Tengo en vela a la Virgen del Perpetuo Socorro para que lo saque bien de su última prueba. ¿Y si lo aplazan, mamá?-agregó suspirando.

-No te preocupes María; yo tengo fe en el triunfo de Roberto. En el poco tiempo que tiene de vivir con nosotras, he comprendido su vasto talento. Es él la honra de esta casa y será para ti el esposo ideal.

-¡Ah mamá!; pero yo sufro desde que sé que soy huérfana y de dudosa cuna.

-No digas eso niña. Yo soy tu madre y se acabó. ¡Qué! ¿no estás satisfecha de que lo sea?

-Sí que lo estoy, mamá. Es por Roberto que me parece que me despreciará.

-No digas tonterías, muchacha. Roberto es de un corazón de oro y te quiere de veras. No hables más de eso.

-Bueno mamá, me callo.

En la puerta apareció la figura arrogante del doctor Ramírez, siempre rejuvenecido por el sastre y por la química. El doctor Ramírez se burlaba de sus cincuenta y pico.

-¿Se puede? –preguntó

-Adelante doctor-dijeron ellas

-¿A qué debemos el honor de esta visita tan al mediodía? –le preguntó doña Marta.

-Al entusiasmo que siento ahora. Vengo de la Facultad de Derecho donde he estado presenciando el examen de Roberto.

-A ver doctor- dijo María,- cuéntenos por favor, estamos ansiosas por saber.

-Pues, ante todo, mis felicitaciones más sinceras. Roberto ha triunfado en toda la línea. ¡Qué erudición de muchacho! ¡Con qué verba y claridad de pensamiento contestaba a los profesores y magistrados que le interrogaban! Su tesis, leída con sonoridad y expresión, conmovió al auditorio. Versaba sobre los hijos naturales y puedo decir que era una elegía del dolor, con un fondo legal que quizá no esté en los códigos, pero que debería estar. ¡Una joya el muchacho, una joya!

-¿No te lo decía yo, María? –dijo Marta, batiendo palmas.

-Sí, mamá, tenéis razón. Yo estoy loca de contento. Pero ¿por qué no viene Roberto? Ya son las tres de la tarde.

-Yo quise traérmelo –dijo el doctor,- pero fué imposible. Sobre todo su tesis ha causado revuelo y le han pedido pasajes de ella para publicarlos.

Les repito mi enhorabuena. Mucho más a esta linda mocita, ¡picarona! Ya me dijo Roberto esta mañana lo que vendrá enseguida..... ¡Ah!

El Dr. Ramírez dio un grito y escapó de caerse, al acercarse a María. Las dos mujeres, sobresaltadas acudieron a él.

-¿Qué le pasa al Dr.? –dijeron.

-Nada....dijo él. No es nada.....ya pasó...fué un ligero desvanecimiento.....Quizá mala digestión.... tomaré algo en cuanto llegue a casa.

Le llevaron un poco de agua y se sentó. Las mujeres se lamentaban de aquella imprevista indisposición del Dr., que quedó, como en otras ocasiones, entregado a profundas tristezas. De vez en cuando dirigía miradas furtivas a María....

Luego se levantó para marcharse, prometiendo volver más tarde, que quizá ya estuviese Roberto en casa.

-Sentimos de veras su indisposición –dijo Doña Marta.

-Cúidese,-dijo María- y vuelva pronto.

-Gracias, -dijo él-.

Y se marchó, cabizbajo y meditabundo.

-¿Qué le pasaría al Doctor? –comentó María.

-Yo noté-dijo Doña Marta,- que al acercarse a ti para felicitarte, dio como un grito de asombro y por poco cae.....

-¿Qué sería? ¡Pobrecito! Yo le quiero, mamá, desde que supe que fué íntimo amigo de papá. Tan bueno que es.....

Las dos se quedaron comentando el incidente y esperando ansiosas la llegada del nuevo doctor Roberto Cruz, para abrazarle.

Algo imprevisto e ignorado había emocionado hondamente al Dr. Ramírez, cuando se acercó a María; y esa impresión no venía de ningún disturbio gástrico, pues el Dr. se cuidaba mucho y llevaba una vida ordenada y con arreglo a todo precepto médico.

Ese algo provenía de otra circunstancia misteriosa que sólo el Dr. podía conocer. Sin embargo, él optó por no decir nada y prudentemente se retiró.

X

María se afanaba de un lado para otro dando órdenes a la servidumbre y arreglando la casa. Maceteras de flores en las ventanas, cortinas en las puertas y un minucioso detalle en la ornamentación era dispuesto por la encantadora niña que no escatimaba los medios para recibir dignamente al nuevo togado.

-¡Qué feliz soy mamá!

-Tienes razón; el triunfo de Roberto es también nuestro. Parece que ya viene....

En efecto, Roberto se presentó radiante de júbilo. Traía un gran paquete bajo el brazo y un rollo de papel en una mano.

-¡Roberto!, gritaron ambos, y corrieron a abrazarle.

-María, -díjole emocionado-, aquí tienes mi regalo de bodas. Y le dio un rollo de papel.

-¡El título de abogado! -dijeron ambas mujeres, viendo el papel.

-Lo gané en medio de duros sacrificios. En mi infancia lustré zapatos; en la adolescencia, ya en el Colegio, barría las salas del edificio para obtener libros. En las noches estudiaba. A veces las páginas del libro se regaban de lágrimas al recuerdo de mi pobre madre; y más

me acordaba de ella cuando salía bien en un examen. Su espíritu me animaba al estudio.

-Has sido un héroe, Roberto-, dijo María.

-Yo estoy orgullosa de ti. -dijo doña Marta-. ¿Y qué traes en ese paquete?

-¡Es mi caja de lustrar! -dijo Roberto, desenvolviendo el papel. Es la piedra básica donde senté el honor bajo la égida del trabajo. Con este pequeño artefacto gané los primeros centavos para el sostén de mi madre abandonada. Lo conservaré en mi habitación como un trofeo de lucha....

-Eres tan grande, Roberto, -dijo María-, que me considero muy pequeña para ti.

-Nadie es más que otro. Todos somos iguales ante la voluntad de Dios.

-Id a descansar Roberto, que bien lo necesitáis -dijo doña Marta.

Roberto se retiró a sus habitaciones, agobiado por la dulce emoción de haber llegado a la meta, con el esfuerzo propio y su firme voluntad.

XI

Doña Marta y María estaban contentísimas, dando órdenes a la servidumbre para un banquete familiar, en celebración del doctoramiento de Roberto.

En trajes de campo aparecieron de la calle el Mayordomo Antonio Almendárez y su mujer, que indecisos se quedaron en la puerta, ignorantes de los últimos acontecimientos ocurridos en la casa de sus patrones.

-¿Qué se os ofrece? Entren –dijo doña Marta.

-Señora....-se atrevió a decir Antonio, dándole vueltas al sombrero en un estado de excitación nerviosa, muy marcado.

-Hablen.... ¿qué desean? –preguntó doña Marta.

-Señora....es que....decílo vos, -le dijo a Juana por lo bajo.

-No,.....yo no.... –dijo la Juana, dando un paso atrás.

-¿Necesitáis algo? –preguntó doña Marta. Ya sabéis que yo nunca os he negado nada. Yo sé corresponder a mis fieles servidores.

Antonio titubeaba. Miraba al suelo y temblaba ante la patrona. Y así tenía que ser. El hombre que ha ido por caminos torcidos o por los vericuetos de la maldad, no levanta la frente ni eleva su espíritu.

Sabe bien que lo que va a decir es falso; y de ahí que el espíritu y la materia están en pugna y no se identifican.

El hombre que va a decir la verdad, mira cara a cara, habla con rectitud y de su cerebro brota espontáneo el pensamiento como de la montaña abrupta el límpido manantial.

La moral de Antonio Almendárez había sido curvilínea toda su vida. Por eso hoy que pretendía reclamar un derecho que no le pertenecía, temblaba ante unas débiles mujeres. Por fin, sacando fuerzas dijo humildemente:

-Vea,...doña Marta...no se trata de dinero..... Necesito ahora aclarar solamente un caso...que ha estado en el misterio.

-¿Misterio..? —dijo doña Marta-. En mi casa no hay ningún misterio que yo sepa. Vamos, explícate, Antonio.

-Se trata de María...

-María ya está enterada de que es huérfana y satisfecha de que yo sea su madre, por adopción.

-Sí, mamá, -dijo María-, y soy la más feliz de las mujeres.

-Pero es el caso —afirmo Antonio-, que María no es huérfana.

-¿Qué dices? ¿De dónde sacas eso Antonio?

-¡Virgen del Carmen! —exclamó María. Cuántas emociones para mi corazón en este día ¡...!

-María tiene sus padres –continuó Antonio.

-¿Y quiénes son esos padres desnaturalizados?- preguntó doña Marta.

-Señora....

-Somos nosotros, agregó la taimada Juana. Antonio y yo, somos los padres legítimos de María...

-Y ¿por qué la donasteis desde su tierna edad a Pedro y a mí, diciéndonos que era huérfana? No me explico vuestra conducta.

-Eramos muy pobres y no podíamos criarla como queríamos, dijo Antonio.

-Pues, decirnos la verdad, era lo mejor –arguyó doña Marta. ¿Y cómo probáis ahora vuestra paternidad?

-Con esta Certificación del Registro Civil –se apresuró a contestar el bribón; -leedla.

-No quiero leer nada. Me fastidiáis. Sois unos degenerados. Y ahora ¿qué pretendéis?

-Que María se vaya con nosotros a nuestro pueblo. Es nuestra hija –dijo Antonio ya más envalentonado.

-¡Eso nunca! –dijo María enérgicamente. Para mí sois unos extraños. No podrán ser padres aquellos que regalan hijos....

Antonio y Juana esperaban esa reprimenda de su pretendida hija, quedaron confundidos. Antonio, atribulado como el combatiente que está reducido al último reducto, exclamó:

-Sé que pretenden casar a nuestra María. Soy el padre legítimo y no daré ese consentimiento...

-Ni hace falta –gritó doña Marta. María es ya mayor de edad.

No necesito la autorización de Uds.-dijo María ya colérica. Yo me casaré con Roberto; ¿lo oyen?.... ¡me casaré!

Al oír las voces alteradas, Roberto salió de su habitación; Se dio cuenta de la situación y se preparó. Como abogado era la primera causa que le tocaba acusar y defender. Como quien va a alegar ante un tribunal, Roberto, dirigiéndose a los dos sirvientes, exclamó:

-Lo he oído todo y en las pocas palabras que habéis dicho he adivinado lo que venís pretendiendo desde hace años. Sois un par de granujas que debierais estar en la cárcel. No tuvisteis corazón para entregar a vuestra pretendida hija, aún en la lactancia, a manos extrañas, agazapados tras la mentira, con el fin preconcebido de luchar más tarde una herencia. La perra, con ser animal irracional, es más noble que Uds. Cuida a sus cachorros y los amamanta hasta que ya no necesitan de ella. Sabíais que don Pedro López y su esposa la adoptaban y que le darían cuantiosa dote, como en efecto sucedió. Como náufragos os agarrasteis a la tabla de salvación del Registro Civil para legitimar vuestros derechos, cuando se llegare el caso; pero os falta lo primordial:-¡María! ¿Quieres irte con estos padres que se te aparecen ahora....?

-¡No! –gritó María enérgicamente.

-Ya lo oís, .continuó Roberto,-Y si pensabais en la dote de María, habéis errado el tiro. María ha cedido su herencia a los huérfanos. Es tan pobre como Uds.

-¡Es verdad! -dijo María.

Los dos sirvientes, derrotados en sus pretensiones se encontraban en una situación difícil. Se miraban uno a otro sin poder articular palabra.

Antonio todavía con un rescoldo de intención legal sobre María argumentó, dirigiéndose airado a Roberto, a quien odiaba:

-Desearía saber ¿con qué derecho interviene Ud. en este asunto?

-Con el derecho, -contestó doña Marta-, de que él es el jefe de la casa. Es el hijo de Pedro, a quien tanto buscamos,

El golpe fue decisivo para el malvado. Una bomba que hubiera estallado a sus pies no le habría hecho tanto estrago como esa inesperada noticia. Luego que se repuso, dijo hipócritamente:

-En ese caso...pues...yo no sabía...y no me opongo a que mi hija se case con el joven....

-No hace falta vuestro consentimiento, -dijo doña Marta, -porque a decir verdad, yo no creo en la paternidad de Uds.

-Yo también dudo, -dijo María-, mi corazón no me llama hacia ustedes.

-Pues haré valer mis derechos, -dijo Antonio.

-¡Salid de aquí! -les gritó Roberto.

XII

Antonio y Juana, obedeciendo a la orden terminante de Roberto, se dirigieron a la puerta; pero de improvisto apareció interponiéndose el Dr. Ramírez.

El semblante descompuesto, duro el ceño, la mirada feroz y el gesto amenazante, el Dr. Ramírez. en la puerta era como un fiscal terrible que iba a lanzar formidable acusación.

-¡No saldréis de aquí! –gritó-, sino para ir a la cárcel.

Todos quedaron pendientes de la voz autoritaria del Médico. Por una comunión de ideas se creyó al momento que él era el juez severo que traía la justicia y que cual Júpiter Tonante repartiría los rayos de su cólera olímpica sobre los culpables. Y dirigiéndose a Antonio. continuó:

-¡Martín Castro! ¿Qué habéis hecho de mí pobre hijita?... ¡Mi Rosita! Que tú me robaste hace veinte años... ¡canalla!

El Doctor con el bastón en alto dirigía miradas de odio contra el llamado Martín....

-¿Qué contestas a eso? –le gritó Roberto, también iracundo.

-Que el Dr. está loco se atrevió a decir Antonio.

-Este hombre, -continuó el Doctor-, me sirvió unos pocos meses, hace veinte años, allá en el pueblo de Santa

Lucía, donde ejercía mi profesión. Mi pequeña Rosita tendría seis meses de edad cuando murió su madre, a consecuencia de una peste reinante en aquella época. Pagué una nodriza para que la continuara lactando. En mi vida de solitario mi pequeña Rosita era todo mi cariño. Desapareció del lugar Martín Castro, mi sirviente, que es este mismo malhechor que os ha engañado por tanto tiempo.

-¡Miente! –se atrevió a decir el bribón.

-¡Cállese! le ordenó doña Marta.

-La desaparición de este malvado no me preocupó en lo mínimo –prosiguió el Dr. Ramírez-; pero dos días después, en ausencia mía y en un descuido de la nodriza, desapareció la niña. Al momento mis sospechas recayeron en este hombre. Durante muchos años le he seguido la pista. Lo encuentro usando barba y con otro nombre. ¡Ah! Ya recuerdo...

Este hombre debe tener una cicatriz en el antebrazo izquierdo a consecuencia de una operación que yo le practiqué para extraerle una bala, por un balazo que él se dió contingenciosamente. Si este hombre no tiene esa cicatriz, que se me juzgue a mí por calumniador....

-¡Mostrad esa herida! –le ordenó Roberto.

-Yo no tengo nada –dijo el acusado.

-Pues mostrad el brazo –dijo Roberto, y entre éste y el Dr. le obligaron a levantarse la manga de la camisa.

En efecto, la prueba delatora allí estaba. Martín Castro estaba identificado....

-Ahora, -continuó el fiscal-, estoy gozoso en cuanto a la existencia de mi hija. Ayer, por una feliz casualidad descubrí el lunar que en la base del cuello tiene María desde que nació. Ya tenía yo mis sospechas de que María era mi Rosita...¡Ven a mis brazos hija de mi alma!

¡-María, abraza a tu padre.-¡exclamó doña Marta, vivamente emocionada.

Padre e hija se abrazaron.

La escena era emocionante.

Aprovechando aquel instante supremo, el descubierto Martín Castro quiso transponer la puerta; pero Roberto lo vigilaba y plantándosele por delante le gritó:

-No saldrás, si no es a la cárcel.

-No te preocupes Roberto -dijo el Dr. Ramírez-, que el pájaro no volará. Afuera está la escolta que yo tengo preparado de antemano.

Pasada la primera impresión del padre y de la hija, María, volviendo a ver con lástima a los sirvientes, dijo a todos:

-Yo les suplico dejen marchar libres a éstos. Al fin de cuentas yo he sido feliz en esta santa casa adonde ellos me trajeron, aunque con objeto de lucro.

-Que se vayan al Corozal -dijo doña Marta, con la condición de que no vuelvan a poner los pies en esta casa.

Aquellos salieron cabizbajos a las habitaciones interiores a preparar sus maletas.

Libres ya de aquella carroña, el Dr. Sixto Ramírez, radiante de entusiasmo exclamó, tomando de la mano a su hija.

-¡Marta,! ! Roberto,! ¡mis queridos amigos:! ¡Cuán grata es la vida y qué dulces sus frutos cuando se va por la senda del deber! Tú, Roberto, eres un gran ejemplo de amor filial, de abnegación y de esfuerzo propio. Haz feliz a mi hija María Rosa; de hoy en adelante la llamaremos así. De todo corazón te la entrego por esposa y disponga la ceremonia cuando ustedes lo deseen.

-Gracias –dijo Roberto.- Las vicisitudes de la vida originadas por errores humanos, han puesto a prueba nuestros corazones. Entremos al reino de la luz, por la senda florida del amor.

-Hijos míos! Benditos seáis! –dijo doña Marta emocionada.

XIII

Al siguiente día de los sucesos referidos había movimiento inusitado en casa de Roberto.

El Dr. Ramírez había vuelto a su locuacidad y espíritu alegre. Se veía rejuvenecido no por el sastre ni por el químico, sino por una alegría juvenil que le había quitado de encima toda una carga de penalidades y sufrimientos.

Ya había recuperado a su hija después de veinte años de separación forzada; y en qué circunstancias halagüeñas la encontraba: hermosa, apreciada, rica y con un porvenir brillante que el destino le deparaba al lado de un galante esposo.

La boda estaba señalada para dentro de tres días.

Aprovechando la coyuntura de que Marta había salido de compras, el Doctor Ramírez llamó a los novios y conferenció con ellos largo rato. Por la satisfacción que iluminaba el rostro de los tres, se sacaba en claro que algo bueno y provechoso iba a salir de aquella plática.

Doña Marta volvió a las dos horas de ausencia, seguida de dos sirvientes cargados de paquetes.

También doña Marta había rejuvenecido en pocas horas. Traía el color encendido y la mirada viva. Reía por todo, como chicuela a quien obsequian un dulce. Hablaba atropelladamente, saliéndosele la alegría hasta por los poros del cuerpo.

-Está invitado casi todo Managua para el casamiento -decía.-Ya les avisé a las López, a las Martínez, a las Gutiérrez y a las Solórzanos; me falta ir donde las Orozco y las Gómez...la Nila dice que no va a poder venir, porque... ¡qué sé yo...! Ya me las pagara con la misma moneda cuando ella se case....¡Ah! se me olvidaba...María, te compré estos bordados, mira qué lindos...! La prima Chepita está loca de contento...dice que va a venir con toda la familia...¡Ah! Pasé por donde el Padre Abelardo y dice que desde ayer corrieron las primeras amonestaciones...

-Mamá, -la interrumpió María-, cuando termines de hablar te diré algo muy importante para la felicidad de todos.

-Habla hija, te escuchó.

-Bueno, antes quiero que me digas delante de mi papá y de Roberto: ¿Es verdad que me quieres mucho; pero mucho....?

-Sí hija, ¿quién lo duda?

-Bien; ¿me concederás una cosa que te voy a pedir....?

-Claro que sí, hija, de antemano. Tú eres la Reina de esta casa y a ti nada se te puede negar.

-Mira que es una cosa grave,- dijo María sentenciosamente.

-Jesús, hija, ¿qué cosa grave será? Y aunque sea grave, ya te dije que sí.

-Bueno mamá. Escucha; y te advierto antes que sea concesión será mi mejor regalo de bodas.

-Si me vas a pedir el traje de bodas te diré que ya está listo.

-No mamá. Es otra cosa más seria.

Pues pídelo hija, que ya dije que sí.

María Rosa poniéndose en actitud teatral y dando a su voz una entonación grave, dijo:

-Yo María Rosa Ramírez pido solemne y formalmente la mano de mi querida madre adoptiva, doña Marta Gómez, para mi querido padre el Doctor Sixto Ramírez; y como ya está dado el sí de antemano ante dos testigos, yo, María Rosa la Reina de esta casa, ordeno y mando que se verifiquen juntas las dos bodas. ¡He dicho!

-¡Bravo! ¡Bravo! –gritaron el Dr. Ramírez y Roberto, palmeando las manos. Doña Marta, que estaba ajena a tal salida de María, se quedó confundida y llena de sorpresa.

-Esta es una emboscada-dijo- a mansalva y a traición.....

-¡Marta! –dijo el Dr. Ramírez-ésta era una ilusión que yo fomentaba hace algún tiempo, mucho después de la muerte de tu marido, mi inolvidable amigo Pedro. Había hecho votos de encontrar primero a mi hija; y qué satisfacción he sentido al encontrarla en tu poder. El destino nos ha juntado. Hagamos felices a nuestros hijos, siéndolos nosotros también.

-Yo me adhiero a la petición de María-agregó Roberto.

Doña Marta bajó los ojos, pensativa y cohibida ante

el problema que se le planteaba. Luego, levantando la vista hacia el Dr. Ramírez, que la observaba interrogante, contestó sonriente.

-¡Accedo, queridos amigos!

Las dos parejas, en íntimos coloquios se entregaron a una amena charla, como el parloteo de una pajarera en un vergel florido, en días de primavera.

Epílogo

Ha pasado un año.

La vida en casa de los matrimonios Ramírez-Gómez y Cruz-Ramírez, es un continuo epitalamio, animado por la sonrisa de un querubín, recién llegado al mundo. Roberto y María Rosa son padres de una niña a quien han puesto por nombre Paula.

La clínica y el bufete de los Doctores Ramírez y Cruz están abiertas gratuitamente para clientes pobres, con preferencia los huérfanos.

Del Corazal han llegado noticias tristes; que no todo ha de ser alegría en esta vida: que Juana ha quedado reducida a un estado de imbecilidad; que después en una aguda crisis de neurastenia tomó un veneno y se marchó de la vida sin muchos preparativos.

Martín Castro o Antonio Almendárez murió civilmente convertido en loco de remate, dichosamente pasivo. Ambula por los caminos, dialogando con los árboles. Se cree dueño y señor de tierras y habla de millones. Al menos goza con esa idea enclavada en su cerebro dislocado.

Indudablemente el hombre nace con una tendencia en su espíritu: la del bien o la del mal:

Las dos antagónicas; pero necesarias la una para la otra.

Para que surja la luz, tiene que existir la oscuridad.

Edison hizo grandes portentos que hoy asombran al mundo y que son de gran importancia en todas las actividades humanas, porque primero fue aguijonado por el hambre y corroído por la miseria.

No hay mal que por bien no venga dice la voz popular: Roberto no hubiera triunfado si no hubiera tenido un padre disipado y cruel con su madre.

María no hubiera sido feliz si un mal hombre no la rapta del hogar paterno.

Así como en los seres pasa en las cosas y aun en Naturaleza.

Managua surgió a una nueva vida después del terremoto del 31. Hoy es una capital que rivaliza con las otras de Centro América.

Es ley ineludible que el mal agiganta el bien.

La finalidad del hombre superior es hacer el bien. Superarse por el esfuerzo propio sin esperar la ayuda de otro.

El hombre que se atiene a otro hombre no es hombre.

El protagonista de esta historieta fué hombre porque así lo quiso él.

Se ajustó a la geometría moral de una línea recta y llegó a la cumbre.

Y donde hay una voluntad hay un camino.

FIN DE CARROÑA

CUADROS
DE COSTUMBRES

LOS TRÁMITES

EL MUNDO MARCHA, y de una manera rápida. El avión que traga leguas por segundo, nos pone al momento en las antípodas. Con el radio sabemos ahorita mismo de la vida y milagros de todo el mundo; y podemos saber a qué hora se levantó esta mañana el Mikado; si Hitler comió frijoles o si Mussolini se desayunó con *spaguetti o polenta*.

La humanidad está al día. Ya no son aquellos tiempos de cuando los próceres decretaron la independencia en Goathemala, y hasta los tres meses que vino el correo, *al caite*, se puso la noticia en León. Ahora ya sabemos que hace quince minutos estornudó Su Santidad el Papa, porque está resfriado.

Pero sólo una cosa es la que no se ha podido quitar de en medio, para que la humanidad camine a prisa, en consonancia con el avión y el radio. Me quiero referir a *los trámites*.

Esto es lo más engorroso que existe desde que Dios fabricó el mundo. Si yo pudiera, mandaría a corregir el Diccionario en esta parte;

“Trámites. —Sinónimo de dilatoria, de atraso, de tardanza. Es una acción que pudiendo hacerse en un minuto, se hace en muchos días, en muchas semanas, meses y años o no se hace nunca.”

El Trámite no guarda relación con el avance moderno.

Y vamos a cuento:

El otro día me encontré con mi amigo Beto Corrales, un buen muchacho, alegre y calaverón.

—Hombre, —me dijo al verme, —te invito a mi matrimonio. Pronto me caso.

—¿Contra quién? —le pregunté; —avísame el día. Iré con gusto.

—Será pronto. Las diligencias están en los *trámites*, —me contestó.

Nos despedimos. A los muchos días lo volví a encontrar, siempre alegre y decididor.

—Por fin, —le pregunté— ¿cuándo es eso de tu matrimonio?

—Ya va, —me contestó. —está esto todavía en los *trámites*.

Pasó un año ya y Beto está aún soltero, esperando otros trámites de la Iglesia, pues los del Juzgado se agotaron, gracias a Dios.

En vez pasada el Gobierno tenía que pagarme la respetable suma de cinco córdobas, respetable para mí; pero para mí deudor era como quitarle un pelo a las barbas patriarcales de don Felipe.

Llegué al Ministerio de Instrucción Pública que era el de mi asuntillo y allí se me dijo que mi comprobante de pago ya estaba listo; pero que estaba en los *trámites*; que volviera otro día.

Volví a la semana.

— ¿Cómo va mi asunto? —le pregunté al empleado.

— ¿Cuál asunto? —me contestó. — ¡Ah!... no me acordaba... sí, sí, está tramitándose. Vuelva el jueves al Ministerio de Hacienda que allá está ahora en los *trámites*.

Fui al Ministerio de Hacienda el jueves y al empleado respectivo interrogué sobre mi comprobante.

— ¡Ah, sí! —me contestó, —ya lo mandamos al Tribunal de Cuentas, para los *trámites*. Resbálese por allí y jinke la yegua.

Fui al Tribunal y pregunté por mi dichoso asunto.

—Sí, mi amigo, —me contestó uno de los empleómanos —su comprobante está tramitándose. El miércoles lo regresamos a Hacienda.

Fui a Hacienda el miércoles. El consabido comprobante estaba en el *trámite* de la firma.

Pasaron otros días. Llegó el documento a Tesorería General y allí pasó a otros *trámites*. Después de otros días más, llegó a la Administración de Rentas. *Más trámites*; pero allí me entregaron por fin el bendito cheque, después de haber puesto mi firma en otro documento. Fui al Banco a cobrar; pero allí había que pasar por otro *trámite*, o registro. Había que pagar cinco centavos de timbre, y ése era el último *trámite*, pero al irme a pagar, el empleado me objetó que faltaba mi firma al respaldo del cheque y que tenía que identificarme.

Al mes y medio me pagaron los cinco pesos, menos cinco centavos, que costaron un centenar de *trámites* y

contra trámites, y cuando ya había gastado diez pesos en carretas de coche, más dos córdobas al zapatero por un par de medias suelas para mis zapatos. Todo por los benditos *trámites*.

Por cuestiones del tuyo y del mío entablé una vez un juicio en un juzgado contra mi ex amigo Daniel Trampea.

Para no llegar al juzgado dí mi representación a un abogado.

— ¿Cómo va eso, Doctor?

— Está tramitándose, —me contestó.

Pasaron los días, y los meses, y yo gastando en honorarios, en papel sellado y sin sellar, en pago de notificaciones, en testimonios, en inspecciones oculares, en esquelas, en esto, en aquello y en lo de más allá.

— ¿Cómo sigue el asunto, Doctor?

— Está en los *trámites*.

Por fin, me aburrí y abandoné la cuestión. Creo que todavía está tramitándose y seguirá en los *trámites*, hasta que allá en Toledo suba el brazo el Cristo de la Vega.

Sucedió que una vez, en el camino de la vida, me enamoré más que un mono, de una simpática morena de mi barrio.

Parece que ella correspondía a mis monerías, por las muestras de cariño que cada día experimentaba.

—Ve negro, —me dijo un día, —para que nuestras relaciones vayan sobre ruedas, bueno será que le contés claro a mi papá, a mi mamá y a mis hermanos. Ya sabés que sin esos *trámites* nada bueno puede suceder....

Oír la palabra *trámite* en sus labios de rosa y pegar un salto como picado de alacrán, fue todo uno.

Yo hubiera accedido a las sugerencias de ella porque las veía razonables y cuerdas, si no me nombra la palabreja *trámite*, que era para mí como el embuste aquel del *Mane*, *Thecel*, *Phares*, de Baltasar.

Sin más trámite me retiré de su casa para siempre, porque de todos modos, con tanto *trámite* no nos hubiéramos casado nunca.

¿No os parece, amable lector o lectora, que el día que se supriman los trámites o se simplifiquen, el mundo caminará a la par del avión y del radio?

El mundo es de los audaces que no entienden de *trámites*.

Un general ganó una batalla porque no tuvo más *trámite* que accionar. Si hubiera andado con circunloquios o *trámites*, lo sorprende el enemigo.

Y lector o lectora, si este cuadro gustó o no, dilo sin eufemismo, lisa y llanamente, es decir: sin *trámites*.

EL SABLISTA

Voy a referirme al que sabe manejar el sable y que popularmente llamamos sablista; pero no el sable que en manos de Washington, de Bolívar o de San Martín, fue emblema de libertad. Es el sable simbólico o sintético que hace del individuo que lo maneja, un actor trágico o cómico, según la comedia que represente, para arrancar con arte e ingenio los dineros de la bolsa del prójimo.

Por de pronto presentaré un bellissimo ejemplar de nuestra parroquia.

Es Panchito Colevaca, buen muchacho, bien nacido; pero mal educado en un ambiente de holganza que quizá él no tenga la culpa.

El otro día me lo encontré por esas calles. Quise evadir su encuentro; mas no pude, pues él ya me tenía capturado. Se me echó encima y me abrazó llorando.

— ¡Hermano! —me dijo tartamudeando, —deseaba verte. . .

— ¿Qué te pasa? —le pregunté.

Dos gruesas lágrimas rodaban por su cara de caballo. Me inspiraba lástima.

—Pero ¿qué te sucede? —le volví a preguntar.

Panchito no me contestaba. La voz se le había atascado en la garganta, como un camión en el lodazal. Limpiándose al fin los ojos me dijo con voz entrecortada:

—Me acojo a tu noble corazón.....para decirte.....¡que mi hijo!.....mi único hijo!.....se murió esta mañana.....y no tengo con qué enterrarlo....mira....esta es la partida de defunción....

Y me enseñó la boleta del Registro Civil.

Panchito gimoteaba. En su cara se retrataba un dolor muy hondo, nacido del corazón.

Quién es aquel que no tenga buenos sentimientos ante el dolor ajeno.

Yo estaba enternecido ante la tribulación del pobre hombre, que lloraba como un niño y me imploraba una protección, aunque sin decírmelo. Su estado era una demostración elocuente de su gran necesidad. Mi espíritu me gritaba “socorred a vuestro prójimo”

—Hombre Panchito, —le dije —si en algo pueden servirte estos dos córdobas, tómalos. Es lo único que tengo en mi bolsa.

—¡Gracias hermano!— me dijo, apresurándose a tomar el dinero, —tú eres muy noble; ya sabía yo que me ibas a ayudar.

—Iré al entierro, —seguí yo, — ¿dónde es tu casa?

—Tres cuadras al norte del parque de Candelaria. A las cuatro de la tarde, te espero.

Y se fue Panchito.

Más adelante repitió la escena trágica ante cada amigo o conocido que encontraba. Otros más pudientes

que yo, enternecidos también, contribuyeron con cinco o diez córdobas, para los funerales del hijo del amigo en desgracia.

En la tarde fui al Parque de Candelaria; pero allí me percaté que tres cuadras al Norte no podría ser la casa mortuoria, desde luego que a cincuenta varas está el lago. Será al Sur, pensé.

Pregunté a un conocido y éste me desengañó como ya había desengañado a muchos. Panchito había tomado un carro con unos guitarristas y unas damiselas, para Tipitapa, que estaba en su fiesta patronal.

Ni tenía casa donde vivir, ni había tenido hijo nunca, ni se le había muerto nadie. Al registro Civil llegó a sorprender al empleado para asegurar el éxito.

La mayoría de los que, incautos, caímos bajo el sable de Panchito, no nos disgustamos. Con mucho arte nos había engañado.

Aquellas lágrimas, aquel rostro transformado por el supremo dolor; el gesto trágico, la voz trémula, nos despertó el sentimiento cristiano, y contribuimos porque era nuestro deber.

Ni Teófilo Leal, ni Narciso Colls, con su maestría en el arte de la escena, nos hubieran representado tan a lo vivo aquel cuadro doloroso que nos hizo sentir esa mañana Panchito Colevaca. Verdaderamente era un artista y bien cara le habíamos pagado su representación callejera.

Meses más tarde me lo volví a encontrar por el Palacio Nacional.

—Hermano, —me dijo, —pido tus órdenes para la América del Sur. Primero iré a Colombia. Ando en las andanzas del pasaporte.

—¿Vas en alguna compañía dramática? —le pregunté.

—No hombre, yo no voy con nadie. Yo trabajo solo. Mira estos paquetes. Es una especialidad de la Casa Bayer, de la cual soy agente. Es un desinfectante inodoro que mezclado con agua se riega en las habitaciones y destruye eficazmente todo microbio o sabandija: zancudos, pulgas, cucarachas, jalepates y todo parásito. Necesito realizar esta mercancía para mis pequeños gastos de viaje. Vale sólo quince centavos el paquete de media libra.

Le compré uno por curiosidad, a sabiendas de que podía ser estafado; pero dichosamente era una suma insignificante.

A renglón seguido me encontré con un amigo químico, empleado de la Solka, a quien le mostré el paquetito comprado como desinfectante de la Casa Bayer.

Aquel examinó el polvo que era color de ruibarbo, y después de un concienzudo y minucioso registro me dijo:

—Hombre, este polvo es legítimo, auténtico....

—¡Ah, es legítimo! —exclamé yo.

—Sí, hombre, es legítimo polvo de ladrillo, del que fabrican en la Paz Centro.

Por segunda vez me había sableado Colevaca.

Días después supe por casualidad que Panchito estaba

en Colombia, hacienda de la sierra de Managua, donde ejercía de apuntador, en la recolección del café. En lo del viaje a Colombia no me había engañado.

El ladrón se diferencia del sablista, en que el primero toma lo ajeno en donde lo encuentra y a escondidas; el segundo trabaja en plena luz, ante su víctima, y parapetándose tras de un motivo, falso se entiende; pero aquí está su arte: hacer valer ese motivo y hacerlo creer al más incrédulo.

Es artista, inteligente y audaz.

A veces caen en gracia sus actividades.

EL CEPILLO

EN NUESTRO USO DIARIO existe un pequeño artefacto de gran importancia, aunque al parecer insignificante.

Es el cepillo, un utensilio de madera, cribado en una de sus caras por donde penden las cerdas o crines que completan el dicho utensilio.

Del cepillo nos servimos para limpiar la ropa de casimir, el calzado, los muebles; y según el tamaño, lo ocupamos para el aseo dental, para fregar el piso, para limpiar las paredes, etc.

En todo lo que concierne a la higiene, el cepillo es de imperiosa necesidad y su labor es primordial y trascendente.

Pero simbólicamente el cepillo influye mucho en la vida del hombre y aun le marca un destino próspero y feliz, según la habilidad que se emplee en manejarlo.

Un cepillo bien manejado puede hacernos rico sin trabajar, eso sí, honradamente, sin petardear ni sablear, ni estafarle a nadie nada.

No confundamos el cepillo con el sable. El cepillo bien manejado lo puede llevar a la gloria. El sable nos puede llevar a la cárcel.

Por mí sé decir que cuando he empleada el cepillo, me ha ido bien.

Hay que advertir que la frase de Rubén: “Ser sincero

es ser potente”, no la adapta nunca el cepillo profesional, antes bien: le es antagónica.

Veamos el buen resultado que obtuve yo empleando bien el cepillo.

Había escrito una novela y la tenía en borrador y en un mal papel. Para llevarla a la imprenta era necesario entregársela primero al mecanógrafo para que la pusiera en limpio; pero éste me cobraba veinte córdobas por el trabajo, y era este desembolso lo que yo quería evitar, cosa que conseguí por medio del cepillo.

Tenía yo una vecina mecanógrafa que en la mañana trabajaba en una oficina del Gobierno, y por la tarde en su casa, copiando testimonios a los abogados, pues tenía su *Rémington* propia.

—Esta es mi hembra, —me dije para mis entretelas.

Pero antes voy a describiros, caro lector como es mi vecina: morena prieta, carilarga, de boca pronunciada, como de veintidós años de edad; en lo general más fea la pobre que un susto a media noche: pero eso sí, honrada y trabajadora con todo y ser fea —(?)

Esta última oración me parece a aquella novela que empieza: Era de noche y sin embargo eso llovía.

Una tarde tomé mis legajos y con ellos me introduje en la casa de mi vecina mecanógrafa, poniéndole a mi fachada toda la zalamería que pude recoger de mis aposentos. Allí estaba ella tecleando en su máquina para sostener a su madre anciana y a otros agregados de la parentela, que son los zánganos de la colmena.

—Buenas tardes, niña Tomasita, —le dije dulzonamente, con la miel de la hipocresía.

—Buenas le dé Dios —me contestó— ¿qué milagro, don José, le trae por mi casa?

—Ninguno, Tomasita, sólo quería saludarla.... Pasaba por casualidad.... Y como la veo tan guapa.... (empezaba a accionar el cepillo).

—Ve visiones, don José....

—Nada de visiones, si está usted linda.... y ese traje que le sienta a las mil maravillas. Además, en estos últimos días que no la he visto, usted ha cambiado; está más lozana, más elegante, más encantadora, más....

Es simpatía suya, don José, yo soy siempre la misma.

—Será la misma, pero más requeteguapa.... yo siempre la admiro por la dulzura de su carácter, la bondad de su alma y porque es la morena más bella de este barrio....

—Gracias, don José; es usted muy amable, —dijo ella emocionada, — ¿y qué son esos papeles?

Es un mamarracho, Tomasita.... una novela que escribí y que está todavía en borrador.

—Y ¿por qué no se lo sacamos en máquina, don Josesito? Pase a ver....

—No, Tomasita; si es una majadería que no vale la pena de sacarla en limpio.

Nada de eso.... Cuando usted la firmó es porque vale.... Se la copiaré enseguida.

—Bien, Tomasita, cópiela si gusta y me cobra su valor.

—Nada de eso. ¡No faltaba más! No le cobraré ni un centavo. Usted ha sido muy generoso conmigo.

Tres días después de esta visita, mi vecina me entregaba un rollo de cuartillas escritas nítidamente en su máquina, sin cobrarme nada; antes bien, se mostraba agradecida de mi amistad.

Y era que la pobre nunca en su vida había recibido un piropo de hombre alguno, porque su aspecto físico la traicionaba; pero el cepillo halagó su vanidad de mujer joven.

De hoy en adelante, aparte la sinceridad que proclamó Darío y empleo el cepillo, siempre que la oportunidad se me presenta.

El cepillero por lo general es intelectual de bien cortada pluma, o aceptable por lo menos; inteligente, perspicaz y tiene tacto para tratar los asuntos y buscarle el lado flaco a la persona a quien le ha puesto la puntería para sacar ventaja. Por decontado sabe de qué pata cojea la víctima, para atacarla por el lado vulnerable.

Nunca pide; pero se hace dar lo que necesita acorralando de tal modo al incauto, que este afloja la mosca voluntariamente y aun agradecido queda.

En cierta ocasión tenía yo que hacer un viaje a Rivas; pero no lo hacía por temor al mareo. Por la carretera me cobraban los choferes cincuenta pesos, ida y vuelta, precio para mí excesivo. Entonces me acordé de mi amigo Modesto Rueda, chofer y propietario de un carro, y que con frecuencia hacía viajes a Rivas,

—¡Ya estuvo! —dije para mis tripas, —resolví el problema, ¡eureka! —repetí como Arquímedes. Rueda es mi hembra como la Tomasita fue mi hembra; él me llevará de rodada, sin pagarle ni medio *bollo*; pero empleando primero el cepillo.

Sabía yo que le había nacido el primogénito de su matrimonio y que estaba dando brincos de contento.

Fuíme hacia él a felicitarlo, empleando tanta miel en mis palabras como tanta tiene un panal de tamagás.

—Pues aquí tienes a mi heredero, —exclamó Modesto, modestamente. ¡Míralo qué gordo!

—¡Y qué hermoso! —exclamé yo con mi cepillo— poyuelo de cóndor, tal vez un prócer en embrión; qué guapo tu niño ¡qué guapo!

El dichoso nene (esto sólo entre nosotros caro lector) era más feo que una pócima de sulfato; chato, bizco, de boca pronunciada, puntiagudo el cráneo, indicio de idiotez, según los frenólogos. Bueno, en eso de frenos yo no entiendo ni jota.

—Te felicito, Modesto —continué yo armado de mi cepillo, —tu chico es un primor. Quiera el cielo llegue a ser algo grande en la vida y que sea el báculo de tu vejez. ¡Qué lindo el chico! ¡Qué lindo! Un querubín, un rayito de sol no le iguala....

A Modesto se le rodaban las lágrimas de agradecimiento.

—Gracias, José —me dijo— gracias.

—Bueno, —continué yo — me marchó. Tengo en proyecto un viaje a Rivas y voy a preparar mis maletas.

Hombre, —me dijo Modesto, —dentro de tres días voy yo con mi carro y tendría gran placer en llevarte y traerte sin que gastes ni medio centavo. ¿Quieres?

—Claro que sí, iré contigo.

Y fuimos y volvimos, economizando yo cincuenta pesos, gracias a mi cepillo.

LA ESCALERA

ESTA MAÑANA me encontré en un rincón del patio de mi casa, sobre un montón de trastos inútiles, una pequeña escalera de mano que en otras ocasiones ha desempeñado importantes servicios a mi causa, digo a mis menesteres.

—No puede ser, —dije, —que esta escalera que tanto me ha ayudado a trabajar y proporcionado ganancias, esté aquí arrojada como una basura.

La quité de allí y la puse en otro lugar, bajo techo, en desagravio del abandono anterior.

—¡Oh injusticia humana! —seguí monologando sin auditorio, como un Quijote, —que no sabéis ¡Oh mendaces! ¿Qué cosa es una escalera? ¿Qué no? Pues sabedlo:

Una escalera es tan necesaria al hombre como comer, dormir y lo demás....

¿Qué hubiera hecho, por ejemplo, uno de aquellos soldados que llamaban *candileros*, en el tiempo del Managua de los 30 años; que le hubieran robado su escalera? Pues que el pobre hombre la hubiera visto prieta al no poder subirse al farol a encender la luz y nuestros abuelos tendrían esa noche a oscuras las calles de la capital; además de que el alcalde don Chico Bermúdez le sobaría la varita por la pérdida; amén de una carceleada en el Ojoche.

La escalera nos sirve para subir al piso segundo; le sirve al pintor, al albañil, al tapicero, carpintero, al que

quiere colocar en un cuadro aunque sea el retrato de su suegra; al que va a limpiar la pared de una telaraña o a poner de cabeza o clavarle un alfiler en la boca o en otra parte al retrato de Hitler. Y no vayan a pensar ustedes que es mentira lo que digo: la escalera sirve hasta para subir al cielo.

Lo dice la voz popular: —”Para subir al cielo se necesita, una escalera grande y otra chiquita” y “*vox pópuli, vox Dei*”.

Y también lo dice el Viejo Testamento que no puede mentir porque es un viejo serio, y vamos al grano: El bueno de Jacob iba una vez rendido, allá por aquellas calendas, y al pasar por Bethel se sentó a descansar y luego se tendió en el césped, poniendo de cabecera una piedra. Enseguidita se durmió y soñó que una escalera se le puso al frente llegando a rematar hasta el cielo, en cuya altura estaba el Padre Eterno invitándole a que subiera, y he aquí que por esa escalera subió Jacob a platicar con Dios. De lo que platicaron no sé ni quiero saberlo por no meterme en la vida ajena: lo único que deseo es relatar la importancia de la escalera.

¿Y qué me dicen Uds. del hombre-escalera? Pues éste es aquel que sirve para que por él suba otro; o el que sirve de instrumento o de escalera, para que otro se enriquezca.

Por ejemplo: quien anda pregonando la bondad de una mercancía, para que prospere la casa productora, ése es el hombre-escalera; el orador que anda de pueblo en pueblo y de esquina en esquina haciéndole la propaganda a don Fulano para que sea alcalde o diputado, ése es el hombre-escalera; el rufián o rufiana que nos proporciona

el medio de vernos a hurtadillas con la dueña de nuestras divagaciones, ése es el hombre-escalera; el vendedor, el mandadero, el colector y todo aquel empleado de ínfima categoría en casa grande, es escalerita humana por cuyos peldaños han pasado restregándose los pies los que pueden más en la gran colmena humana.

Y aunque esa escalerita pinte pájaros en el aire, queda arrojada en el montón de trastos inútiles, como estuvo en el rincón del patio de mi casa, la escalera de mi cuento.

¡Oh escalera! Yo te pondré una estatua de cera en la plaza de la Vindicta Pública, bajo un sol de justicia, en desagravio.

LOS INCUMPLIDOS

LA PALABRA es la expresión del pensamiento. Es la idea del cerebro hecha sonido en la laringe. Es el Verbo divino en los labios de Jesucristo.

La palabra ¡Tierra! gritada con entusiasmo por Rodrigo de Triana, fué la llave con que Colón abrió las puertas de América.

¡Eureka! decía Arquímedes cuando resolvía un problema de matemáticas, y la Ciencia se regocijaba.

La tremenda palabra del General Cambronne dicha en un momento álgido ante el enemigo que lo dominaba, es un símbolo de dignidad, a pesar de ser sucia; pero que en esa circunstancia fué noble.

Las cuatro palabras de nuestro Canciller don Anselmo H. Rivas: “*Su Excelencia está dormida*”, dichas ante el Ministro Alemán para no recibirlo, demuestran el decoro de nuestra soberanía ante la potencia que quería humillarnos.

La palabra conmueve a las multitudes cuando la toma un orador.

La palabra enseña, la palabra edifica, la palabra.... la palabra es cero a la izquierda cuando la toma el sujeto que no sabe respetarla. Y vamos al cuadro de *Los Incumplidos*, que para introito basta y sobra, como dice el cura de mi pueblo.

Una mañana fué un grupo de amigos a bañarse a la bajada de Carranza, de nuestro lago Xolotlán, en cuyo grupo iba un chino. Bañándose estaban, cuando el ciudadano de la Celeste República, que se había alejado lago adentro, empezó a gritar desesperadamente:

—¡Socolo! ¡Socolo! ¡Miogo! ¡Sálvenme! ¡Doy shinco pesos!

Los bañistas no le hacían caso, y el pobre chino que se ahogaba seguía gritando:

—¡Socolo! Compalitos, sáquenme, doy diez pesos.....!

Y nadie le atendía, y el chino continuaba:

— ¡Socolo! Doy veinte pesos..... Doy cualenta..... Doy cincuenta pesos ¡miogo!

—Hombré —dijo un bañista a otro, — el chino dice que da cincuenta pesos. Vamos a salvarlo. Vale la pena.

Y en dos brazadas abordaron al chino que ya se iba a pique tragando agua por todas las válvulas. Uno a babor y el otro a estribor lo tomaron de ambos remos para que no manoteara, y a remolque lo pusieron a toda máquina hacia la orilla. Ya en la playa, tendido el accidentado en la arena, con la quilla para arriba, le hicieron las diligencias del caso para que bombeara toda el agua que tenía depositada en la Santa Bárbara. Y así fué. El chino recuperó y fué puesto al pairo.

—Bueno, chinito, -dijo uno de los salvadores, -ahora a los cincuenta pesos ofrecidos.

—Vamos a la casa compales, -dijo el chino.

Puestos allá, el chino sacó de una gaveta un par de moneditas de a real y dándole una a cada uno de sus salvadores, les dijo amablemente:

—Tomen, Compalitos; pa que se tomen un tlogo donde Aglipito.

— ¡Cómo va ser eso! —protestaron aquéllos. —Si nos ofreciste cincuenta pesos....

—Sí, es veldá.....más le hubiela oflecido.... ¡Si me estaba ogando!

—”Fué en un tiempo de sórdidas pasiones, —el pueblo estaba de rencor henchido”, -pasóme a mí un sin fin de decepciones —por hacerle propaganda a un incumplido.

Pues es el caso que un sujeto que se decía mi amigo, quería ser diputado, como en efecto lo fué, y en la propaganda candidatural me ofreció este mundo y el otro con tal de que le ayudara allá en mi pueblo de El Carrizal. Yo, que tengo en mi patio más carreras que un ciego y más argucias que un leguleyo, me puse de paro en pro de mi amigo y, todos los carrizos fuimos a votar por mi amigo. Triunfamos; es decir: triunfó mi amigo en la diputación, y hete aquí que una vez me lo encontré en la capital y quise saludarle; pero él ya no me conoció y esquivó el saludo. Ni siquiera tuvo la gentileza del chino con la monedita de a real *pa el tlogo onde Aglipito*.

Bien dijo Salomón en los Proverbios; y cuando lo dijo fué porque sabido lo tenía:

“Es mejor no prometer, que prometer y no cumplir”.

EL MOTO

MALA estrella lo había traído al mundo.

En noche cruda de invierno, en medio del fragor de la tempestad, bajo miserable techo, su madre lo echó a la vida muriendo ella poco después. Manos mercenarias halagadas por el estipendio ofrecido por el patrón, recogieron aquel niño y lo criaron ni más ni menos como se creía a un lechoncito, rodando por los suelos, en compañía de los puercos.

Sin llevarle al baptisterio pusieronle por nombre Marcelo, como diérasele un apodo a un podenco. Hombrecillo ya, empezó de zagal pastoreando la ternera en la hacienda donde naciera y más tarde fue *concierto* y luego ajustero hasta llegar en escala gradual a vaquero. Criado en los apriscos, le eran familiares todos los animales de las dehesas. Conocía las vacas por sus balidos, entre centenares que a diario ordeñaba desde que la “Cruz del Sur” indicaba en pleno cielo que eran las dos de la madrugada.

Triste y dura era la vida de Marcelo. Veinte años tenía y nunca había sabido de un goce material en aquella montaña de la que jamás salía. Qué menos que su corazón hubiera sabido de dulces ilusiones.

Feo como una amarga pócima era su presencia. Una cabeza enorme cubierta de ásperas guedejas que le caían sobre las orejas, como crines. Un cuerpo giboso, desgarrado. Siempre con el traje mugriento y desgarrado por las púas de las cercas, y lleno de barro y estiércol hasta

las rodillas del pantalón. Era el hazmerreír de aquella gente.

Marcelo nunca hacía caso a las burlas de sus compañeros. Con estoica resignación aguantaba el peso de su perra vida y cumplía fielmente sus obligaciones automáticamente. Sin saberlo, era un filósofo que dejaba venir las cosas sin inmutarse.

Había nacido en noche tempestuosa y poco le importaban los vendabales de la vida. No sabía lo que era una madre; tampoco le preocupaba tener amigos. El patrón, personaje que más se interesa del ganado que de sus sirvientes, estaba contento de Marcelo; pero no le mejoraba su condición. Mirábale como si fuera el perro viejo de la casa a quien se le guarda cariño por lo fiel.

Carmen, la hija del mandador, núbil campesina de diez y ocho primaveras, por quien se pirrabán los mocitos de la vecindad, era la única que en casa respetaba la triste suerte de Marcelo; dirigíale a menudo frases amables, quizás por compasión, como quien da una limosna. Y cómo se lo agradecía el pobre muchacho; él que nunca había sentido en su corazón la palabra sedeña de un consuelo, dicha por labios femeninos. Marcelo se reanimaba al escuchar las frases de miel de Carmencilla, como se anima la flor marchita al beso del rocío mañanero.

Carmen empezó a ser para aquel palurdo la estrella de luz en la noche negra de su vida y alumbró en su rostro patibulario la sonrisa, como un débil destello de felicidad; y gozó Marcelo una mañanita en que la muchacha se le acercó al corral dándole los buenos días, y con una jícara en la mano para que le obsequiara leche de la que ordeñaba,

sintió sangra nueva correr por sus venas al satisfacer el pequeño deseo del único ser que le miraba con indulgencia. Y se quedó alelado viendo a Carmen apurar el contenido de la jícara, que dejó luego dibujado un bigotito blanco en el labio superior de la muchacha. Quiso hablar, decir algo que pugnaba por salir de su corazón, pero no pudo; la frase se le atascó en la garganta, como carreta en un bache, y la lengua se le pegó al paladar. Las ideas que él quería convertir en vocablos, huían de su cerebro obtuso y quedó hecho un imbécil ante la esbelta figura de Carmencilla.

Ella compadecida dióle una palmada en el hombro y partió corriendo, canturreando a media voz.

Todas las noches, cuando los mozos formaban corro en la cocina al amor del fogón, Marcelo, huraño a toda compañía, se retiraba a su rincón donde descansaba y luego que dirigía una mirada a la ventana de Carmen, estiraba su cuerpo en el piso y se dormía como un bendito, para estar en pié al canto del primer gallo y correr hacia los potreros a traer el ganado al corral, quizás bajo la intemperie del invierno cruel o bajo el relente de la madrugada.

Fué en el mes de octubre. Gruesas nubes se amontonaban hacia el norte presagiando tempestad. En la montaña se oían llorar los congos que en manadas huían del temporal. Marcelo notó que Carmen había salido esa mañana para el río con un lío de ropa, y se impacientaba por su regreso, pues que la tempestad podía cogerle fuera de la casa. No tardó el trueno en ensordecir el espacio con su tableteo; y tras de las centellas que zigzagueaban como espadas flamígeras, empezó a caer un formidable aguacero que repercutía estruendosamente en la montaña.

El cielo parecía desplomarse y a lo lejos se oía rugir el río al despeñarse en la catarata vecina. Mala espina punzárale en el corazón a Marcelo, cuando, como si recibiera un secreto aviso, partió raudo hacia el río, arrojando el peligro.

Un grito desgarrador hirió sus oídos. Conoció la voz de Carmen y comprendió el caso. El río habíase salido de madre y su impetuosa corriente arrastraba árboles y peñascos. En medio de aquella vorágine luchaba Carmen desesperadamente. Un trueno largo, continuaba de nube en nube, señalaba el final de la tormenta. De pronto apareció Marcelo y tirándose a la corriente nadó hasta donde perecía su amiga. Asíóla de la cintura y con fuerza extraordinaria la empujó hacia la orilla, poniéndola fuera de peligro. En el interín las ropas de Marcelo se habían enredado en las ramas de un árbol que bogaba río abajo. El salto estaba a corta distancia y si Marcelo no salía, su muerte sería inevitable. Carmen, viendo el peligro en que estaba su salvador, corrió hacia la casa en demanda de auxilio.

Al siguiente día fué encontrado el cadáver del pobre vaquero, detenido en una barricada de palos y piedras que un remanso formó abajo del salto. Tenía el cuerpo amoratado y una enorme lesión en la cabeza.

Su tumba, cristianamente abierta en un rincón campesino, recibió lágrimas y flores, ofrendadas por la gratitud de Carmen.

Cuenta la tradición que en los días de invierno, cuando la tempestad apremia, se oyen lamentos de ultratumba en las márgenes del Lutero, que crisan los nervios y conturban los ánimos de los sencillos labriegos que cuéntanme esta triste historia.

Yo a la verdad solamente he oído el eterno murmullo del río que corre en su lecho de guijarros, y cuyas aguas pasan y pasan, como las ilusiones, para jamás volver...

LA PERJURA

ERARUBIA como el oro de los trigales que amarillean bajo la lumbre del sol. Buena y sensible como el aire vivificante de las montañas. De ojos negros y soñadores que tenían en la pupila la misteriosa elocuencia de los abismos. Dos hoyuelos picarescos y graciosos ponían una nota de dulzura en sus mejillas. De talle esbelto, con la gallardía de una palmera del trópico, en su andar había mucho de ritmo y de cadencia. Era su mirar un poema de amor. Su voz un arrullo. A ella bien se le podía decir con Bécquer:

Por una mirada un mundo,
Por una sonrisa un cielo,
Por un beso... ¡yo no sé
qué te diera por un beso!

La ví por vez primera una mañanita, cruzar la plaza del pueblo, entre el abigarramiento de los fieles que acudían a misa, con el alborozo dominical, vestida de blanco, como las vírgenes. Gentil como una gacela, entró al templo arrebujaada bajo su toca de armiño, mientras que en mi estado psíquico evolucionaba una transformación rápida e incomprensible. Era la llamada del amor que penetraba en mi corazón de adolescente. Con arrobamiento entré al templo impelido por una fuerza misteriosa.

Al salir, nuestras miradas se cruzaron y como una chispa eléctrica sentí en mi alma el fulgor de su pupila, de una rara intensidad magnética.

Fué en la iglesia de mi aldea nativa donde recibí la primera impresión de amor, y fué en esa misma iglesia donde meses más tarde recibiera el más terrible desengaño, amargo como el acíbar y duro como una bofetada.

¡Carmen...! Su poético nombre resuena aún en mis oídos con dulce fruición. Aquellas emocionantes horas que pasé a su lado cuando ya éramos novios, pasaron fugaces «como pasan las verduras de las eras». Los tiernos idilios, las promesas de amor que nos hacíamos bajo el limonero en flor, a la vera de su casa aldeana, se esfumaron, así la nube que se evapora en el éter, al soplo invisible del destino.

La autoridad paterna me obligó a continuar mis estudios, lejos de mi pueblo, y cuando volví algún tiempo después, a gozar de las vacaciones, traía como trofeo de victoria, notas muy significativas acerca de mi aprovechamiento y aplicación en mis clases. Con qué entusiasmo llegaba a ver a Carmen para mostrarle mis notas en que campeaba la consabida frase: «sobresaliente con mención honorífica». Y era que el recuerdo de Carmen me obligaba a estudiar con ahínco para coronar mi carrera y poder luego satisfacer la ansiedad de mi corazón.

Era día domingo. El verde esmeralda de las serranías vecinas estaba más puro. Más vivo era el azul de los cielos. El sol jugueteaba en los cármenes, tamizándose por entre las hojas de los árboles, mientras que los pajarillos preludiaban notas musicales.

Me encaminé a la plaza porque el corazón me decía que Carmen iría como de costumbre a la misa «de ocho». Además, aquella mañana se unirían en matrimonio dos

amantes, y quería conocerlos. Yo estaba ignorante de las cosas de mi pueblo, porque el estudio absorbía toda mi atención.

Las campanas dieron el último toque. Grupos numerosos entraban al templo. Toda aquella gente llevaba pintada en el rostro la alegría de vivir. Sin embargo, yo no me sentía bien, a pesar de las complacencias de mis amigos que me saludaban con cariño por mi regreso. Algo sentía que no podía comprender.

Por fin, Carmen llegó; pero no iba sola: su padre la acompañaba, seguidos de un numeroso cortejo. Sentí entonces un vuelco en mi corazón. Entraron al templo y se dirigieron al altar donde ya esperaba el sacerdote. Carmen se separó de su padre; y a su lado se colocó un joven en quien reconocí a un amigo de la niñez. Quise avanzar, pero no pude. La muchedumbre era compacta en toda la nave de la iglesia. Estaba siendo testigo de la ceremonia más ingrata de mi vida. Era así como un autómatas que no comprende nada, y a veces me creía víctima de una pesadilla atroz.

Después no sé qué fue de mí. Cuando volví a la vida, estaba en una propiedad rural de mis padres, convaleciendo de una larga fiebre que puso en peligro mi existencia durante muchos días.

Hoy que he vuelto a la realidad y que me inclino ante la evidencia de los hechos consumados, profundizo mis pensamientos acerca de la fragilidad de las cosas de la vida, y me siento escéptico, con el amargor de la desesperanza en el alma.

Sin embargo, hoy he sentido resbalar una lágrima por mis mejillas, cuando al sacar mi cartera ví una carta, que aún conservo, y que Carmen me escribiera estando yo en el colegio.

Y esa lágrima es el último resto de mi idealismo que ha brotado espontánea al leer por milésima vez aquel papel amarillo por el tiempo, en donde una mano de niña escribiera: «tuya para siempre...» ¡Ah, la perjura!

LA MOLIENDA

— —YA LO SABÉS, USEBIO, no me gusta que a la María la dejés sola en el trapiche con Nicolás. Yo sé por qué te lo digo, alóiste. Acordáte que las mujeres somos débiles y que ustedes los hombres tienen más aleluyas que un misal viejo. Y agora que miacuerdo, mañana que vayas pa Managua lleváte los papeles del compadre, que aunque nosotros no sepamos de letra, en ellos está escrebido las cargas de dulce que lias pagado.... Acordáte que él no anda respetando que siamos compadres y que lotro día te hechó los chingos cuando te almariaste en la ciudá....

—Callá mujer; abreviá la merienda que ya está el sol en el mero cielo y ya debiera estar moliendo. Habiliá vías de tener pa que no anden esas criaturas todas saparrastrosas y cubiertas de mugre.

Ella iba a contestar algo; pero la presencia de un robusto mocetón que llegaba del camino, guiando una carreta, la hizo callar.

—Oyí, Colás, —dijo Eusebio, -agora vamos a moler, apiá la caña y desenyugá los güeyes.

En el interior de la choza ardía alegremente el fogón, establecido en un cuadrilátero de piedra. Sobre tres tenamastes sentaba su obesidad una holla de barro, despidiendo un olorcillo agradable al olfato.

La hija mayor de aquellos campesinos, muchacha de unos dieciocho abriles, cuyo perfume silvestre tenía enloquecido a Colás, se ocupaba en preparar la merienda, y mientras redondeaba la tortilla de maíz y cuidaba del fuego, por otro lado dirigía miradas maliciosas a Colás y a su padre que empezaban a maniobrar en el trapiche. Se amaban en secreto hacía tiempo; pero ocultaban su amor a los ojos de Eusebio, que era de mala espina, y más aún de a Timotea, que era de peor sangre.

Se hablaban furtivamente cuando ella bajaba a la quebrada a lavar o llenar el cántaro, y era entonces cuando el mozo dejaba la carreta entre el cañaveral y se escapaba a requebrar a su amada.

Colás era de la vecindad y con mucha gana trabajábale al viejo Eusebio como jornalero, más por el amor de la María que, por el estipendio de la semana.

Por puerilidades, la vieja Timotea había zurrado a los chicos, mientras María seguía en el afán del almuerzo.

Afuera el trapiche funcionaba al impulso de los bueyes que gobernaban el perno del eje, girando lenta y acompasadamente.

Los animales jadeaban, arrojando de los caños dilatados de sus narices, chorros de vaho, que se diluían con el frío de la mañana.

Colás, con la púa en la diestra, seguía la marcha circular de los bueyes. Eusebio introducía los trozos de caña entre los cilindros molares del artefacto. Luego salía por un lado el estropajo reseco, sin un átomo de jugo, y por

el otro, una corriente de líquido gris, glutinoso, que caía formando espumarajos en la inmensa canoa de ceiba.

En el ambiente se respiraba olor a melaza, confundido con el aire puro de la sierra.

Rodaba el trapiche con cierto sonsonete; chirriaban las turbinas de hierro por falta de grasa y traqueteaba la armazón de madera, temblando el pavimento junto con la rotonda de paja que servía de techo.

A veces Colás detenía los animales, ya para asegurar las cintas de cuero que amarraban el yugo a los cuernos de los bueyes, o para *coger jueigo*, como él decía.

La Timotea gritó a su marido, llamándolo al almuerzo, y a una seña de su padre, María fué a ocupar su lugar en el trapiche.

Circulaban los bueyes por la senda trajinada, seguidos por Colás; y trituraba el trapiche la caña introducida entre los cilindros.

Era entonces el momento en que para Colás aquello no era trabajo sino un deleite: estar solo con ella...él que nunca había sabido lo que era amor de madre, porque fué moto.

—Con que, ¿estás resuelta, María Lola?

—Sí... a la salida de la luna... esperáme en la ceiba.

—¿Y si me engañas?

—Calláte que nos *vijeyan*.

No hubo más palabras. No se oía más que el golpe seco de la máquina, el jadear de los bueyes y el chorro de caldo que gugluteaba en la canoa.

En la cocina, el viejo Eusebio devoraba el trozo de carne de venado que tenía por delante, mientras que su mujer le reñía con la misma cantinela:

—No me gusta que a la María la dejés sola en el trapiche con Nicolás.

—No siás necia, Timotea, que no tiacordás cuando estábamos en la jalencia, que a vos te gustaba también quedarte sola conmigo en el trapiche, cuando entonces todo esto era del difunto de tu tata?

Ante tamaño argumento que añoraba el noviazgo lejano, Timotea rebaja; se veía derrotada, pero su celo maternal replicaba.

—Sí, pero no me gusta que se queden solos en el trapiche. Yo he huelido algo.... ¿alóiste? A mí no se me sienta la mosca, sabélo, ni soy madre alcagüeta.

A la mañana siguiente, algo anormal ocurría en la vivienda de Eusebio. Los chicos lloraban llamando a su hermana. En el fogón no ardía la llama viva y voluptuosa que giraba en torno de la olla de la merienda matinal; ni el trapiche funcionaba con su sórdido matraqueo. Los bueyes pacían tranquilamente en el potrero, extraño a aquel descanso improvisado.

Eusebio había salido en persecución de la fugitiva; pero luego volvió y, con un gesto de desaliento, arrojó la escopeta y dijo:

—Ni él está tampoco en su casa. Hay que resolverse, Timotea; es la ley de compensaciones; hoy por ti y mañana por mí. ¿Tiacordás cuando nosotros también nos juímos de ese mismo trapiche? ¡Y lo que nos persiguió tu tata...!

Ella, gimoteando, dijo:

—Ya sabía yo por qué no me gustaba que María quedara sola en el trapiche con ése.

Dejáte de lloros y vamos a la molienda como cuando éramos novios. Dejemos a ésa. Es cosa que iba a suceder. ¡Sí, ya la debíamos!, dijo él.

Y el trapiche siguió funcionando en la prosa del trabajo, mientras en la montaña formaban su nido como pájaros, María y Nicolás, entregados al amor, el eterno y dulce poema de la vida.

EL DESTINO

UN DIA DE SOL PLENO, María Dolores limpiaba el arrozal en la huerta de su padre. Amplio sombrero de palma cubría su hermosa cabeza de aldeana, resplandeciente de salud y de gracia.

Era una ninfa de égloga acariciada por la primavera, o la primavera misma convertida en una muchacha pastoril.

Desyerbaba y cantaba como para dulcificar la faena bajo el sol del trópico. De pronto calló su dulce voz y extraña inquietud enervó su ánimo.

De la falda vecina, jinete en mula pasitrotera, bajaba un apuesto joven de alta prosapia. Vió a la gentil gacela y fuése hacia ella en demanda de un poco de agua fresca que serviría de pretexto para verse en las pupilas de la hermosa campesina y echar un párrafo sin más testigo que los pájaros del bosque.

Agua cristalina del vecino arroyuelo brindóle María Dolores al joven caminante, en blanca y labrada jícara.

El rubor subía más el rosado de su rostro; rubor porque sus pantorrillas al aire ofrecíanse a la vista del galán: rubor por sus ropas hechas jirones que eran como un insulto o una profanación sobre el cuerpo estatuario de la guapa hembra. Diríase una Venus vestida de harapos.

Y hablaron de las cosechas; del zompopo que diezma las eras; de las flores; de que *si traería agua la luna*. Y

hablaron de muchas cosas sin fondo ni forma; pero que para los enamorados son poemas de amor.

María Dolores se olvidó de sus pies descalzos. Y fué la despedida tierna como el beso de un niño.

Ella para sus adentros, pensaba:

—Su novia yo sería... ¡ah! si no fuera campesina... ¡no andaría de este modo... ¡otro ha sido mi destino...!

Ya lejos, desde la colina de enfrente, el galán volvió la vista y vió aún a María Dolores de pié entre el plantío, con la diestra sobre su frente en forma de viscera, escrutando el camino por donde se había marchado.

— ¡Ah! —pensaba él —si yo fuera campesino.... su novio yo sería; y estaría al servicio de su padre para vivir al lado de ella, limpiando los surcos o sembrando el grano; pero otro es mi destino. Esta amistad no podrá continuar; nos separa un ancho valladar: ¡El ingrato convencionalismo!

Esa tarde él anduvo alelado en la ciudad. Ella también en la fuente de la montaña estuvo distraída; y, por su ensimismamiento, quebró el cántaro contra las guijas.

Pasó el tiempo y halló él esposa en la ciudad; novia de cuantiosa dote y de magno rango; pero en sus sueños veíase campesino rodeando el talle grácil de María Dolores, allá en la aldea. Sentado en un sofá de su rico salón cerraba los ojos y figurábase estar en la orilla de la tranquera esperando a la muchacha en el camino al amor de la tarde.

Pasó el tiempo y María Dolores encontró marido: un mozo aldeano, torpe y bruto, tipo anónimo que le puso un

hijo cada año, así no más, sin ideal, como las bestias. Y le dió pobreza y trabajo.

En esa malandanza, María Dolores huía mentalmente de la realidad de las cosas y retrotraía la escena del arrozal y parecíale ver al apuesto doncel que un día pidióle agua, hablándole ahora a su lado. Por un efecto de su fantasía erótica, la cabaña convertíase en brillante sala y el humilde candil en hermosa araña de luces. Y en lugar del gañán de su marido, que volvía astroso de la deshierba, veía en el ensueño al amigo de un día que dulcificó su corazón aldeano con la música de sus palabras.

El destino da a cada cual lo suyo.

Y he aquí que todos, en el maremágnum de la vida, conservamos una ilusión perdida, una esperanza truncada; flores marchitas por el cruel desengaño; amores muertos al nacer, pero que han dejado un rescoldo en el corazón....

LOS AMORES DE LA LAVANDERA

ESFUMÓSE la ligera nubecilla que empezaba a oscurecer el cielo de sus castos amores.

Fortalecieron los sentimientos mutuos de cordialidad que se anidaban en sus corazones; y sellaron la paz con un ósculo divino bajo aquella tibia mañanita de Enero.

Y con fe en aquel tácito juramento hecho ante el ojo de cíclope de Tiscapa, Concha y Santiago siguieron en el trajín diario de la vida, queriéndose mucho y haciendo ilusiones para el porvenir.

Después del desayuno, ella cogía su morral de ropa y encaminábase a la tarea diaria, satisfecha de su honrada labor, humilde y noble, que servíale para el sustento suyo y de su madre.

En la gran cuenca de la laguna, resonaba con sonoridades de convento el golpe acompasado de la pieza de ropa sobre la piedra del lavadero. Aquel ¡pla! ¡pla!, sonaba como un grave acorde en el vientre de un inmenso violoncelo, y era así como el preludio de un himno al trabajo.

Con el agua al tobillo y las manos dedicadas a su labor, Concha no tenía más que un solo pensamiento mientras lavaba: ser siempre buena. ¿Y para que otra ambición? Tenía a su madre y el amor de un hombre honrado que le había ofrecido matrimonio.

Santiago, por su parte, pasaba en la obra todo el día, arriba de un andamio, modelando una cornisa, o abajo, dándole la última mano al plinto de una columna, porque era albañil de «primera cuchara».

Mientras pulía un ábside o repasaba un molde corintio, trasladaba su pensamiento a la laguna. No tenía más anhelo que continuar siendo un hombre de bien y reunir algunos mediecitos, para llegada la hora, decirle a Conchita: «Bueno... a la iglesia, quel padre Argüello nos espera. Y *endespués*, a vivir como Dios manda. Y ni más laguna, ni verle la cara a *naide*, que con los doce riales diarios que yo gano en la albañilería, habrá de sobra *pa* los dos y puede que *aiga* algún remanente *padir* al *triató*, de vez en cuando, a ver la comedia».

Todos los sábados, después del pago y así que Santiago liquidaba sus cuentas, dedicaba el sobrante, una parte para el baúl que él llamaba *la reserva* y la otra para algún regalo a Conchita.

Un sábado por la tarde, Santiago se encaminaba contrariado y triste hacia el camino de Tiscapa, a encontrar a su novia, vestido aún con el traje de trabajo, lleno de cal y acribillado de remiendos.

Por la «chanchera» la encontró; y atosigado de pena, la dijo, después de quitarle el lío de ropa:

—Ve, Conchita: Esta semana nos cortaron las alas y nada puedo obsequiarte. A todos nos obligaron a dar quince reales por este papel, con la amenaza de irnos a la reja.

— ¿Y te afligís por eso? Con que haya salú y buena intención, basta y sobra.

En el trayecto, de la laguna a la casa, hacíanse mil promesas para el futuro. Sus corazones latían al unísono, con la esperanza de mejores días.

Pero.... ¡sonó la guerra civil! Concha no fue más a la laguna. La fortaleza era una amenaza. Las rojas piñuelas que bordean el camino, no viéronla más pasar tarde y mañana por su vera, ni las *boquitas de perro*, cortadas al pasar, despegáronse más entre sus dedos.

De su casa a la obra, la recluta cogió a Santiago y lo llevó al cuartel. Razonó con el comandante de la leva para ser inhibido, pues era oficial de albañilería en el Palacio Nacional; pero no fué atendido. Horas más tarde iba enganchado en una fuerza para Chontales. Poco importábanle a él las balas enemigas. Amargábale su dicha truncada, no ver a su novia ni poderle escribir. Y ¿cómo? No sabía leer; ni ella tampoco.

¡Oh!, ¡maldita guerra! Que como un abrupto farallón se interponía en el camino de la felicidad. ¿Qué mal le había hecho él a sus semejantes para que le obligaran a defender y atacar? ¿Ni qué sabía él de cosas de partido ni de politiquerías?

Concha nunca supo de su novio. Oía leer los periódicos; pero jamás oyó el nombre de Santiago García en la lista de muertos y heridos.

Pasaron los meses. Sangre en los campos y luto en los hogares. Santiago perecería sin duda alguna. Sufrió

algo Concha, pero su corazón pasó aún por el mayor dolor, ante la muerte de su madre, en un lecho del Hospital.

—Y quedó sola en el mundo; sola, sola con su pena. A Tiscapa ya no iba. Aquel camino escabroso y polvoriento, adornado de flores veraneras, le recordarían mejores, cuando florecían las ilusiones.

Sus amigas dijeronle un día:

—Conchita, no «síás» tonta, te afligís sin motivo. Tenés buena cara y mucha juventud. El dependiente aquél a quien le «vés» la ropa, anda que se muere por vos. A mí me lo ha dicho. «Afianzálo, dunda». No pensés en el muerto. Rezále un padrenuestro, y «siacabó».

Del mal consejo algo quedó en su corazón. Y fue la caída. La ortiga trepó por el débil tallo y quitó la savia que alimentaba la inocente flor de verano.

Concha, la lavandera, dejó de ser la doncella recatada que olorosa a reseda y «juanislama», caminito de Tiscapa iba diario a ganarse el sustento cotidiano, oreada por la brisa campesina, la faz risueña y la conciencia limpia. Y resultó la hetaira olorosa a «Mavis» y perfumes de impurezas.

Santiago volvió.

Respetáronle las balas. En Managua dióse a buscar a su novia antes que todo. Y ¡oh, dolor! Concha estaba en un prostíbulo disfrazada de damisela. Profanación: una escultura de Fidias vestida de sedas. —el armiño pringado de lodo.

Santiago entró a la taberna y apuró una copa, luego otra y otra. Rodó también por el fango, como ella.

Es duro confesarlo; la realidad es palpable. No hay escuelas en nuestro bajo pueblo. Cunde el analfabetismo como la mala hierba. La generación que se levanta actualmente en las barriadas, no sabe leer en su mayoría. Abundan las casas de tolerancia y las tabernas, muestrarias del mal ejemplo.

Y es bien sabido, verdad de Perogrullo, que toda aquella persona que desde su niñez no ha tenido escuela, es débil de carácter y propicia al pecado. La que ha tenido educación, fortalece su espíritu y lo prepara para las contingencias de la vida.

Hay muchas Conchas y Santiagos en nuestro bajo pueblo.

MEDICINA DEL ALMA

CON LA MARCHA DE ANDRÉS a la ciudad lejana, fué también la alegría que iluminaba el rostro angelical de Raquel, hermosa niña de la risueña aldea.

La infancia de ambos se había deslizado poéticamente corroteando por las serranías que circundan el pintoresco valle de Santa Lucía, ya cortando flores silvestres para el altarico de María, o encerrando la ternera en el aprisco, después que la esquila daba el toque de oración.

Así llegaron hasta la adolescencia, gozando de aquella vida aldeana, pastoril, queriéndose como hermanos y viviendo bajo un mismo techo, pues que sus familias eran de un mismo abolengo.

Ella era un capullo de primavera, de ojos negros y arrobadores; él un mozo festivo y decidor, de recia musculatura, y de finos modales, a pesar de su rusticidad.

Un día, los padres de Andrés notaron que éste ya era un zagalón que estaba tan escaso de letra como sobrante de salud, y dispusieron enviarle a la escuela, echando mano de los ahorros y quitando el apego al cariño paternal.

Y así Andrés cambió la cotona del labriego por la americana de estudiante, y en una mañanita gris salió del pueblo con una carta para el director del colegio, unos billetes en el portamonedas y una retahíla de buenos consejos en la mollera.

Raquel le acompañó hasta los suburbios; y cuando se le perdió de vista por las vueltas del camino, regresó a su hogar con lágrimas en los ojos y nostalgia en el corazón.

Pasaron meses.

Andrés estudiaba y Raquel divagaba en la aldea, con la mordedura de la ausencia de su bien amado.

El pobre mozo era duro de entendimiento como sensible de ánimo.

Los libros le causaban fastidio y suspiraba cuando oía el relincho de una bestia o el balido de una vaca; él no había nacido para vivir encerrado entre las paredes de un colegio.

Como al pájaro prisionero, hacíale falta aire, luz y movimiento para vivir.

Se ahogaba en aquel establecimiento y más le molestaba la austeridad de las costumbres reglamentarias y el obligado contacto con aquellos señoritos que no eran de su agrado.

Cuánto echaba de menos la amable compañía de Raquel y sus correrías por los ribazos, recogiendo flores y asaltando nidos; aspirando a pleno pulmón el aire puro de la sierra, que le daban vigor y alegría al cuerpo.

—No; esto no podrá seguir así. A la primera me escapo, pensaba Andrés.

En la aldea, Raquel se consumía y su talle breve encantador, se doblegaba cual un lirio ya marchito.

Ya no era muchacha pizpireta que así como sabía poner en rehenes a los terneros retozones, era maestra en aderezar un quiso y ordeñar la vacada, bajo la mañanita húmeda.

Día a día adelgazaba más y una palidez cadavérica afligía su rostro.

En aquel hogar, antes animado y feliz, había entrado el desaliento.

Con la ausencia de Andrés reinaba la taciturnidad en toda la casa.

Raquel se moría a pesar de la solicitud empeñada por la familia; y cómo avisar a Andrés si en casa nadie sabía escribir?

La pobre niña deliraba, y de sus labios siempre se oía musitar un nombre: el de Andrés.

Aquél en el colegio ingorábalo todo, pero un extraño presentimiento lo hacía pensar en la vuelta al pueblo, aunque apelara a la fuga. Sí, a la fuga. Inventaría un pretexto y pediría permiso para salir a la calle.

Además, se acercaba el 13 de diciembre, día de la Patrona del lugar, y quería, como siempre, estar en su fiesta.

Volvería a trepar a los naranjos de la huerta hogareña para llenar de frutas el delantal de Raquel.

Regresar a su pueblo sería para él como renacer a la vida.

Llegó la oportunidad, y después de tres días de marcha forzada, Andrés ingresó a su aldea.

La vista del Santo Domingo con su doble pica; el aire nativo y la perspectiva de abrazar dentro de breves minutos a la compañera de su niñez, le refrescó el corazón.

Sintió como si una sangre nueva corriera por sus venas.

Al traspasar la puerta de su casa, corrieron todos a su encuentro con el dolor pintado en los semblantes.

Raquel se moría.

Su voz era tan débil que apenas pudo articular una frase para Andrés.

—Por qué no venías?

La crisis fué menos dura esa noche para la enferma.

Andrés, solícito a su saludo, le adivinaba los menores deseos y le hablaba de su pronta mejoría y de futuros paseos por el campo.

Al día siguiente, Raquel se incorporó en su lecho y estuvo locuaz.

La alegría retornaba y las rosas primaverales asomaron en sus mejillas.

El amor todo lo vence; y allí donde la muerte empezaba a rondar siniestramente, eclipsando una estrella, la aurora de la vida alboreaba en la faz morena de Raquel.

El amor es el médico del alma.

El corazón que no ama no pasa de ser un simple órgano, útil sólo para el proceso de la vida material; pero no para los deleites puros del espíritu.

Raquel estaba salvada; y es que el amor triunfa donde hay corazones sensibles, propicios para los elevados sentimientos de las pasiones puras.

LA HERMANA DE CARIDAD

(RASGOS METROPOLITANOS)

LABIOS que nunca sentirán la seda de un beso; labios que se abren para consuelo y *ora pro nobis*; manos finas cuyos gráciles dedos no llevarán jamás un diamante de Golconda o el anillo de prometida;

Ojos negros y arrobadores, de dulce mirada, cuyos fulgores impresionan al corazón más sensible como impresionaron el mío, aquella mañana cálida que estuve a visitar el hospital «San Vicente», en labor periodística.

En su rostro, como el de María Nazarena, había un halo de tristeza; y sin embargo, en la comisura de sus labios se dibujaba una vaga sonrisa al saludarla. Esa amarga sonrisa quizá decía de hondas decepciones.

Esta hermana de caridad, dulce y severa a la vez, tendría unos veinte y dos años. Era como una primavera en otoño o un lirio que se marchita por falta de savia.

Viéndola se recordaba el verso de Darío:

«En un vaso olvidada se desmaya una flor»

¿Cómo sería el estado psíquico de Sor X?

Por qué dejaría el bullicio mundanal esa niña, tan joven y bella para convertirse en enfermera?

Por qué motivo vestiría la burda saya y la toca de armiño, y cortaría su cabellera tal vez negra como sus

pupilas y abundante como su hermosura?

Quizá el dolor oculto de un amor imposible....

Misterio que sólo conoce su corazón, al que nadie podrá penetrar.

Su corazón... urna cerrada con los sellos del destino o de la fatalidad.

Esa mañana la ví diligente entre las hileras de catres atendiendo a sus enfermos, con abnegación, con fé, como el amor que sabe tener una madre.

Después de haber dado la medicina a un paciente, y al recibir un ramillete de flores de manos de un empleado, partió ligera a colocar las rosas a su Virgen. Que son dos los ideales de su vida: *María y sus enfermos*.

Sinceramente sentía deseos de hacerme el enfermo y ocupar uno de aquellos catres; recibir la frase de consuelo de sus labios y la medicina de sus manos....

Tal vez vuelva a «San Vicente», como en mística romería, y vuelva a tener la dulce visión de la sonrisa enigmática de Sor X, en cuyo corazón hay quizá un poema de amor o un ideal truncado.

Y le llevaré flores, muchas flores, para su Virgen.

Almas atormentadas por el cruel desengaño, os compadezco y respeto.

Escribo esta página para Sor X, página blanca que estoy cierto ella no leerá, porque su espíritu no se mezcla en las cosas profanas. Su lectura es otra, la que se eleva a Dios.

SANGRE INDÍGENA¹

LAS colinas que rodean la pacífica ciudad, en donde flota un ambiente aldeano, estaban cubiertas de neblina aquella mañanita que salimos bajo cendales de bruma, montaña adentro, en una comisión judicial. Lejano era el punto a donde nos dirijíamos, una comarca indígena: Saguatope.

Eramos tres los de la comitiva. El vaqueano, tipo importantísimo que por su condición humilde casi nunca recibe paga, porque no la exige, era un indio de las cañadas boaqueñas. El juez del distrito, un buen mozo alegre y decidor, que desdecía de la gravedad de su cargo, y yo, su secretario, que iba meditabundo. Y había razón para ello. Varios motivos tenía para que mi estado psíquico se inclinara a la melancolía: la inclemencia del tiempo, la aspereza del terreno, quebradizo y cenagoso, las elevadas colinas que teníamos que tramontar, y más que todo eso, la comisión harto penosa para mí, que la ley inexorable nos mandaba ejecutar.

El juez reía por cualquier puerilidad, mientras las cabalgaduras se atascaban en la ciénaga.

—Ya vamos a llegar, —decía el indio, —ay nomasito está Saguatope. Sólo que tenemos que trepar aquel cerrito y *golverlo a bajar*.

1 Este cuento es vivido y tuvo su escenario en jurisdicción de Boaco. Existe «El Embargo», bella poesía de José María Gabriel y Galán, cuyo argumento tiene similitud con «Sangre Indígena». Hago esta advertencia porque no faltarán espíritus susceptibles que crean en un plagio de mi parte lo que nunca he intentado, a Dios gracias.- G.H.

Ese cerrito era un elevado pico, pedregoso y escarpado, en cuyo suelo los cascos de las bestias sonaban con ruido metálico.

A lo lejos se oían mugir las vacas. En una ladera cuyo monte estaba recién quemado, ascendía la dura pendiente una pobre pareja de bueyes, halando una troza de cedro. El labriego, volviéndose a sus animales que con esfuerzo extraordinario trabajaban, con insólita mansedumbre en la pupila, les gritaba clavándoles el aguijón de larga vara en las costillas.

El buen sol empezaba a despejar la neblina y débilmente sus rayos se tamizaban por entre la arboleda, reflejándose en los cuernos de los bueyes, que parecían como si fuesen de plomo bruñido.

Por fin divisamos la choza de Cosme Malueño, el indio a quien en nombre de la ley, íbamos a embargar sus tierras y todo su haber, por morosidad en el pago de una deuda a un vecino acaudalado.

Aquel pobre hombre, que después de muchos años de fatiga había formado su finca y comprado sus animales, quedaría hoy en la miseria, ganándose la vida al jornal, y lo que es peor aún, con el alma acongojada por el reciente fallecimiento de su mujer.

A la verdad, a mí me llenaba de pena aquel empleo que andaba ejerciendo. El juez, por el contrario, seguía con su buen humor.

Cuando llegamos, Cosme se ocupaba en desyerbar un montículo en donde estaba enclavada una tosca cruz,

a pocos pasos de la vivienda. Dejó su tarea y se allegó a nosotros con el ceño adusto y la mirada torva. El pelo lacio y áspero, fuerte como crin, le caía sobre las cejas que velaban unos ojillos redondos y vivaces.

A mí me tocó leerle el mandamiento de embargo. Se nombró depositario al acreedor, y al pobre Cosme se le daban ocho días para que desocupara. La ley era dura y fría como el acero de un puñal.

-Está bien,-ya sé que pa un pobre jindio jamás hay consuelo. Está bien.... désenlo todo a ese....mi güerta, mis güeyes, mis vacas...désenlo todo...todo...allí está mi yegua...la albarda...esos gamarrones...allá está el trapiche, désenlo también; pero aquellos cofres...eso sí que no, que allí está su ropa que es lo único della que tengo e recuerdo...que se lleven lo émas; pero señor juez, déjeme llevar de esta tierra su cuerpo que allí está enterrao. No quiero dejarlo. Que sus pobres huesos se vayan conmigo. Eso me dará alientos de golver a empezar el trabajo. Me daré la cuenta que ella vive conmigo. Tengo fuerzas toavía y amor al trabajo.

Y tomando una pala y un azadón, se dirigió a la sepultura de su mujer y empezó a sacar tierra, mucha tierra, con vigor inusitado, con afán, deseoso de terminar pronto. Monolagaba y nos dirigía miradas siniestras, como queriéndonos decir:

-Esto sí que no me lo quitarán.

Y decía frases incoherentes como si estuviese loco.

El juez de la mesta, autoridad rural que ya estaba

sobre aviso de nuestra llegada, presencié el embargo, y quiso impedirle a Cosme su macabra labor; pero el juez de distrito, que ya había perdido su buen humor, le dijo:

-Déjalo hacer, hombre. Es lo único que le queda libre: los restos de su mujer.

Cosme estaba transformado. Hinchábanse los músculos potentes de su busto y de su cuello.

Jadeaba como el buey cuando asciende una cuesta uncido al yugo de pesada carreta, bufando los dos caños de su nariz achatada. Las hirsutas guedejas mojadas de sudor se le habían pegado a la frente. Cavaba con ardor y arrojaba la tierra lejos de sí, con fuerza extra-humana. De vez en cuando se detenía para limpiarse el sudor con el dorso de su antebrazo derecho y nos miraba en señal de reto:

-«Al que me lo impida lo jinco». Y nos mostraba la cutacha que tenía al cinto.

Atardecía tras de las lejanas colinas vestidas de azul y ribeteadas de oro.

Una nota de dolor había en nuestras almas, viendo a aquel desgraciado. Sin embargo, la ley...

Marchamos presto para pasar la noche en una casa vecina, mientras Cosme Malueño, como un autómatas, seguía cavando la tierra para extraer a su muerta, ¡lo único que no era embargable!

Todavía le oímos repetir:

Al que me lo impida lo jinco.

ROSARIO, LA QUE ESPERA TODAVIA

EN ESAS TARDES LLENAS DE SOL, cuando mi alma siente un halo de tristeza, suele llegar a una altiplanicie de mi vecindad serrana a contemplar el crepúsculo tantas veces cantado por los poetas. De un lugar favorito la vista alcanza un perímetro inmenso, por los cuatro puntos cardinales; y cómo se expande el espíritu ante esa magnificencia! Entre brochazos de escarlata y oro una cinta de plata señala el mar de Balboa, que más tarde la bruma va oscureciendo, hasta perderla de vista, así que la noche da su ósculo de paz a la madre Naturaleza, que siempre conserva el verdor de su juventud eterna. Al otro lado, como una bandada de palomas, se distinguen las casas de la ciudad lejana que me recuerda los brazos cariñosos de una madre que siempre me espera; el tranquilo lago con la península de Chiltepe en el centro, que afecta la figura de un caimán colosal sobrenadando en la superficie; el Momotombo inmenso con sempiterna fumarola; la hermosura de los cielos que de esta altura es más poética; los cóncavos negros y profundos de la montaña, de cuyas honduras se alzan gigantescos guallabos y ceibas colosales; y toda esta grandiosidad hermosa que contemplo, me produce, sin embargo, íntima melancolía; y me veo solo y demasiadamente pequeño, ante la inconmensurable obra de Dios.....

Y entonces me acuerdo de Rosario, la campesina gentil que aún espera la vuelta del amado que no llega.

Y en la semioscuridad de la tarde que declina, dirijo mis pasos por aquel caminito casi perdido, en un ambiente de yerbas olorosas y de tierra húmeda, rumbo a su cabaña solitaria, levantada entre guaches, ojoques y charrales, que a mí se me figuran florestas o vergeles. Mi llegada la interrumpe su faena doméstica, que nunca le falta, y así que ocurre a encender la vela de la Virgen que una ráfaga apagó, se dirige a mí con amargo desconsuelo, casi con lágrimas, forzando una sonrisa:

-Aún no ha vuelto. ¿Le has visto acaso en la ciudad?
¿Es verdad que no se ha casado?

-¿Y acaso vengo yo a saber de él? ¡Olvidalo!, es mi contestación.

Ella, después de un ligero reproche, me platica puerilidades que a mí me llenan el corazón. Yo continúo:

-Disipemos nuestras tristezas; para eso he venido. ¿Recuerdas cómo vine a tu cabaña por primera vez y cuál fue el pretexto que inventé para hablarte? Yo deseaba ardientemente estrechar tu mano; pero no hallaba la ocasión, hasta que una mañana puse al viento por cómplice. Tiré rápidamente mi sombrero al otro lado de tu cerca y me planté de improviso en tu puerta en busca de mi adminículo, diciéndote que el viento me lo había arrebatado. Mentí e hice esa trama tan sólo por hablarte y oír tu voz.....

-¡Ah, mentiroso!, replica ella sonriendo. Ven, ayúdame a desgranar como lo hacía él. Hoy no tengo verdes.

Y luego, con locuacidad graciosa, me dice: que en el chagüite ya no hay plátanos, sólo guineos chanchos: que esta mañana la vaca negra se salió del potrero y le mascó su blusa lila que tenía en el alambre. Me cuenta cómo murió Diego, el de la Chepa, del susto que le dió la zegua frente a la huerta de tata Juan, bajo el chilamatón, una noche que salió bailándole en el camino.

Yo procuro darle otra conversación para quitarle de su pensamiento esas creencias absurdas y rancias y de envuirle ideas nuevas y verdaderas conforme a nuestra civilización.

-¿Y cómo a mí no me ha salido la zegua, a pesar de que todas las noches trajino por el chilamate?, digo yo.

-Es que ustedes, los de la ciudad, son muy malos, han estudiado y tienen la contra; por eso no creen.

Mientras tanto la vela que lagrimea por el amado ausente, se ha vuelto a apagar, cosa que Rosario no se ha dado cuenta ni yo que se lo haga notar, porque me appena que aquellas dos vírgenes,-la divina y la humana-sigan intercediendo por un ingrato! El buen viejo me cuenta cómo empezó a formar su huerta, de cuando joven, empeñándose con el patrón para desquitarle a real el día. Y mis dedos entre tanto se lastiman con el roce del áspero olote que voy arrojando, ya sin un grano, hacia el fogón.

-¡A quien pueda más! -dice Rosario. Ella desgrana diez mazorcas cuando yo sólo una.

Las horas pasan rápidamente al lado de aquella niña de veinte primaveras que ha hecho pensar a muchos cerebros y sentir a muchos corazones. El gallo ha lanzado su estridente

grito, señal que yo he convenido para marcharme. ¡Maldito gallo! Rosario me va a despedir hasta la cerca para cerrar la puerta de alambre. Aquí logro la ocasión de imprimirle un efusivo beso a hurtadillas en la nuca, exponiéndome a recibir un oportuno pellizco con un –dejá niño, -que me saben a gloria.

Y me voy apretando el pecho porque me duele el corazón....! Si tendré necesidad de médico!

Y ya en la soledad de mi cuarto escribo las impresiones recibidas, invocando el nombre de Rosario, la dulce muchacha campesina, ingenua, bella y pura, que aún espera, al través de los años, la vuelta del novio ausente que tal vez no volverá.....!

BARRO NICARAGUENSE

¡QUÉ bellas son las escenas campesinas cuando en las primeras horas matinales acuden a la fuente las núbiles muchachas de la montaña! La amenidad del lugar y el silencio de la hora apenas interrumpidos por el solo monótono del chiquirín que fastidia en los días de sequía, invitan a recrear por allí el espíritu. Las frondas reverdecen que es un primor por la humedad de la corriente que se desliza glugluteando entre las piedras, montaña adentro.

En un recodo, bajo la fresca sombra, estaba un lavadero de piedras amontonadas ex profeso, donde una morena agraciada, a medio vestir, lavaba la ropa familiar, sin preocuparse de que ojos avizores y curiosos se distraían en la contemplación de su cuerpo grácil y voluptuoso, cuyas formas se advertían impúdicas bajo el leve traje remojado que se plegaba en las morbideces de su carne, exuberante de vida y juventud.

De las grietas y encajaduras de la roca húmeda, por una bondad de la Naturaleza, brotada espontánea el agua límpida, así como diera su clara linfa la peña bíblica del Horeb, al divino roce de la vara de Moisés. Colgaban de los farallones diferentes flores de exótica belleza, producidas por las orquídeas y otros parásitos que medraban y recogían su savia de un añoso genízaro, plantado más arriba del torrente. Un bejuco de pitahaya enroscábase como una serpiente por el árbol protector, y del alto ramaje pendía el rojo fruto goteando sangre tras el picotazo de una oropéndola. Diríase que aquel viejo genízaro era el abuelo

cariñoso que daba su savia y su sombra bienhechora a una joven generación. De los innúmeros agujeros de la peña que parecían las células de una colmena gigante, asomaban los garrobos su repugnante cabeza, haciendo un saludo ceremonioso o una señal afirmativa. Atraída por la apetitosa carga de un mangal vecino, una banda de cotorras trashumantes tomó por asalto el ramaje del árbol y atacó la fruta con una greguería ensordecedora. Un muchacho, que egoísta veía diezmarse el fruto del mangal, en menoscabo de su regalo y golocina, lanzó certeramente un guijarro contra el grupo que pronto levantó su vuelo, poniéndose en precipitada fuga por el espacio azul. Luego aquel muchacho con su política agresiva de «quítate tú para ponerme yo», se posesionó del árbol y empezó a ascender con la destreza de un mono, hasta llegar a la bifurcación de una rama donde se puso a horcajadas para colmarse de frutas los bolsillos. Desde el fastidio del árbol el rapaz miraba la escena de abajo, mientras se atracaba de mangos.

El ganado vacuno bajaba de las dehesas y potreros, que cubiertos de una zofra de verdura, daban de lejos una gran visión primaveral. Las vacas diseminábanse en el «ojo de agua», unas introduciendo sus belfos en la corriente, y otras ramoneando la yerba en los ribazos. Con la aglomeración de animales, la corriente antes cristalina enturbiábase de lodo y estiércol, lo que hacía protestar a la muchacha que lavaba más abajo del abrevadero.

La ondina del lavadero ya no está sola. Un zagal de buena facha, de rostro agraciado como el de un San Antonio retocado, le hablaba quedo, muy quedo. Ella, sin dejar la tarea, miraba al galán, le sonreía y movía la cabeza como diciendo que «no»; pero aquella negativa, acompañada de

una sonrisa, era para el muchacho un sí disfrazado o una esperanza. Chepe, el zagal, tenía a su favor un aliciente: era él el trovero de la comarca. Si ignorante de letra, era su intelecto habilidoso para puntear con brillo y garbo la armoniosa guitarra y acompañarse las canciones aprendidas de oídas y que entonaba con dulce a la voz de tenorcito de aldea que la Naturaleza le había concedido. Chepe cantaba a los ojos, o a la cabellera bruna de una morena; a la casita blanca de la amada que en la ventana tiene un rosal; cantábale a la pálida luna; al cielo cribado de estrellas en las noches claras; y cantaba llorando la decepción de una ingrata con esa poesía sana del pueblo, de hondo sentir y de hondo pensar. Y mientras el ganado se ayudaba. Chepe insistía en sus ruegos y ella decía que no, con la cabeza; pero siempre sonriendo.

De la casona que servía de cocina y comedero para la mocería, salía un olorcillo agradable al paladar. En el fogón la leña reseca en astillas, crepitaba bajo la panza de un gran caldero de hierro que se envolvía en lenguas de fuego. Adentro de la ollaza borbotaban los frijoles por efecto del agua en ebullición, despidiendo un vapor calcinante que iba a diluirse en la negra techumbre, llena de ollín y telarañas.

Entró Chepe de regreso del «ojo de agua» y después de arrojar a un rincón las riatas de apersogar, se sentó afuera en el borde de un dornajo, donde los cerdos adiposos y glotones, hociqueaban la pitanza.

La cocinera,-una hembra fornida como una leona joven,-dejó su labor así que llegó el zagal, y encendida ira, los ojos desorbitados, púsose las manos en la cintura formando con los brazos las asas de una ánfora griega,

plantóse frente a Chepe y le lanzó a quema ropa una catilinaria de insultos y denuestos.

Y vos quiás pensado grandísimo tunante?...crés que yo voasér tu tonta pa que te burlés de mí así no más.....? De yo nadie se burla, sabélo.....!

-Peroyime, Chinta, si....

-No....! no te me desnegués...si en todita la manesquera la pasaste en el «ojo de agua» pico a pico con esa pasmada de la Soledá, la hija de tío Tencho, y por estar botando babas con esa mojigata, diciéndole que si tiene los ojos así o que si tiene los ojos mirando al perro, no te distes cuenta de que la lomo de candela y el toro retinto se brincaron el cerco de los Arróligas y licieron daño en la guatera....y voz crés que porque yo....

-Pero ve, mialma, sí...

-No, si no me dés satisfacciones....si Pancho te vido llorándole las tristes a esa perdida y tioyó ofrecerle casamiento y este mundo y el otro y que tibas a separar de mí...Pancho todo me lo sopló...si testaba mascando dende el palo de mango donde él taba encajado...Y sías creído que yo voaser tu cabr...te equivocás...! y quien corta a la Soledá soy yo. ¡Por ésta!

Y la furiosa muchacha, tras de esa carda ignominiosa formulaba la señal de la cruz con el pulgar y el índice de la diestra mano....

Acudió gente y fue aquello como el preludio de una tragedia shakesperina, inspirada por los celos, solamente que aquí Otelo estaba reencarnado en una muchacha pueblerina de sonrosada tez y talle de palmera.

Al siguiente día la comarca estaba en movimiento, Gente de autoridad encabezada por un juez de campo hacía reo a la Chinta. La inocente Soledad era llevada a su cabaña con un navajazo en la cara inferido por su rival. Chepe había desaparecido de la hacienda y sus aledaños, temeroso de la furia de su amante.

Es un hecho cierto que el analfabetismo influye mucho en contra del estado moral de las personas; y de allí que el campesino, hombre o hembra, nacido y criado en sus montañas donde las escuelas son nulas, sea extremista en sus pasiones hasta llegar al crimen, sin precaver las consecuencias dolorosas que se sobrevienen. Digo esto porque, conocedor de la vida campestre, he tratado con labriegos analfabetas y con labriegos instruidos y he palpado la discrepancia de caracteres entre éstos y aquéllos. Los primeros se precian por lo regular y lo cuentan como un blasón, de haber sido héroes en más de un bochinche, o haber matado o herido a alguien. Los segundos me han impresionado gratamente cuando en una tertulia amena, bajo humilde albergue montañés, les he escuchado una recitación poética aprendida desde niños en la escuela, o el comentario de la lectura de un diario. Estos han abonado su espíritu con el libro. Aquéllos han ido por la deriva de la ignorancia. Y de ésta a la maldad, no hay más que un paso.

INDICE

PAGINA

Presentacion	4
Dedicatoria	10
Dos Palabras	12
Carroña	13

SEGUNDA PARTE

Cuadros de Costumbres

Los Trámites	78
El Sablista	83
El Cepillo	88
La Escalera	94
Los Incumplidos	97
El Moto	100
La Perjura	105
La Molienda	109
El Destino	114

Los amores de la lavandera	117
Medicina del alma	122
La Hermana de Caridad	127
Sangre indígena	129
Rosario, la que espera todavía	133
Barro Nicaragüense	137



Aquí nos ilumina,
un Sol que no declina
El Sol que alumbró
las nuevas victorias

RUBÉN DARÍO

4★
2019